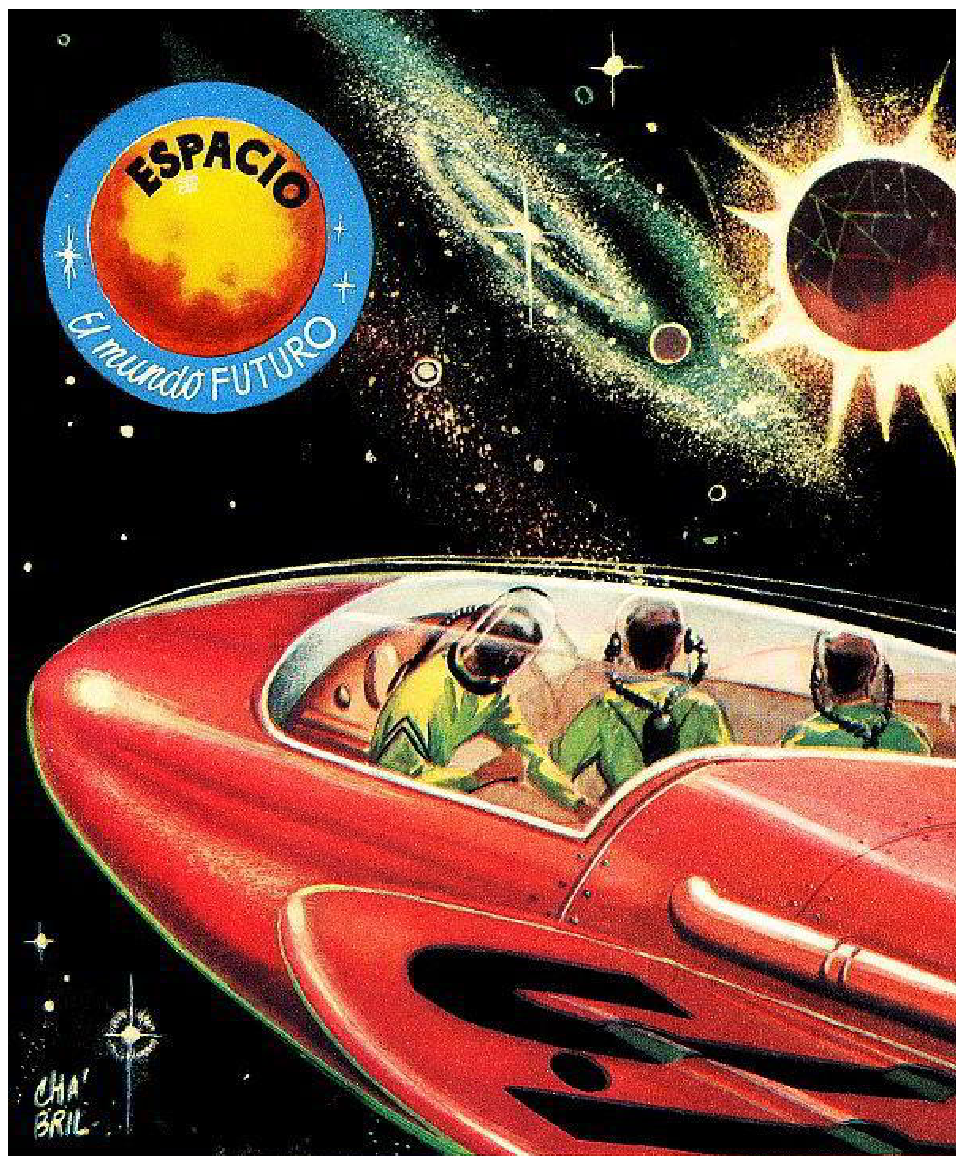


ATENTADO EN EL TIEMPO

LAW SPACE

Salió del quirófano, secándose el sudor que perlaba su frente, con un brillo mate en los ojos y un cansancio que le producía hormigueos en los lóbulos de las orejas que, por otra parte, le ardían como trozos de carbón al rojo vivo.

Desde el antequirófano, antes de dirigirse a los vestuarios para quitarse la bata y el delantal de plástico, lanzó una ojeada a la ciudad, acercándose al amplio ventanal que encuadraba la parte norte de la estancia. Los Ángeles despertaba perezosamente en aquella mañana de mayo de 1958 y la tenue neblina del mar flotaba aún sobre los edificios, del lado de la costa, impidiendo ver, a aquellas horas del amanecer, la superficie plateada del Pacífico.



Law Space

Atentado en el tiempo

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 88

ePub r1.0
LDS 19.07.18

Título original: *Atentado en el tiempo*
Law Space, 1958
Cubierta:
Cha’Bril
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




ATENTADO en el TIEMPO

CAPÍTULO PRIMERO



alió del quirófano, secándose el sudor que perlaba su frente, con un brillo mate en los ojos y un cansancio que le producía hormigueos en los lóbulos de las orejas que, por otra parte, le ardían como trozos de carbón al rojo vivo.

Desde el antequirófano, antes de dirigirse a los vestuarios para quitarse la bata y el delantal de plástico, lanzó una ojeada a la ciudad, acercándose al amplio ventanal que encuadraba la parte norte de la estancia. Los Ángeles despertaba perezosamente en aquella mañana de mayo de 1958 y la tenue neblina del mar flotaba aún sobre los edificios, del lado de la costa, impidiendo ver, a aquellas horas del amanecer, la superficie plateada del Pacífico.

Durk lanzó un suspiro y encendió un cigarrillo, congratulándose de estar completamente solo y de poder dedicar unos instantes a su propio descanso, gozándose por anticipado de las largas horas de sueño de las que iba a gozar en cuanto se decidiese a abandonar el hospital.

Pero, en aquel momento, no tenía prisa.

Amaba a la ciudad, amaba al país y sentía un orgullo, un tanto infantil, de haber tenido la suerte de nacer en aquella tierra y de ser por tanto americano ciento por ciento.

A pesar de haber viajado mucho —había asistido a gran cantidad de Congresos médicos, llegando hasta el Japón—, no se sentía a gusto más que en su tierra y, concretamente, en la ciudad de Los Ángeles, donde había nacido y donde pensaba dejar de existir, lo más tarde posible.

Muchas veces, en los extraños y contados instantes en que, como ahora, se había encontrado solo, pensó en lo horrible que hubiese sido nacer en cualquier parte del mundo, en otro sitio, donde no pudiese gozar de lo que el pueblo americano había logrado en los últimos treinta años.

Al comparar la vida de un cirujano famoso como él a la de sus congéneres en otros países, no podía más que fruncir el entrecejo y recordar, justo antes de la guerra, la pobre vida profesional que llevaban los médicos alemanes y los que, después, había podido ver en un Congreso de Cirugía nerviosa en Moscú.

Miró, con cariño, la ciudad que se extendía a sus pies, llegando a la conclusión de que no podría hallar en parte alguna nada más bello y donde se respirase la libertad con tanta intensidad como allí.

Lanzando una nueva bocanada de humo, se dijo que era ya hora de escapar de aquel edificio donde acababa de pasar cerca de veinticuatro horas. Lanzó el cigarrillo al aseptizador más próximo y empezó a atravesar el amplio antequirófano, dirigiéndose a los vestuarios.

—¡Doctor Durk!

Se volvió. Harry, su ayudante, estaba en la puerta.

—¿Qué hay, Emerlan?

—Su hermana le llama por teléfono, señor. Dice que es urgentísimo.

Volvió sobre sus pasos, penetrando en la cabina que había junto al quirófano.

—*¿Hello?*

—¿Eres tú, William?

—Sí. ¿Ocurre algo?

—¡No puedes imaginártelo! El pequeño Thomas está muy malo y

quiero que le veas inmediatamente.

—Pero, mujer, ¿no hay por ahí otro médico?

—¡Poco me importa! Deseo que lo veas tú. Para mí, entre nosotros, se trata de una apendicitis…

¡Aquella manía de Esther que había nacido oyéndole estudiar a él!

—¿Tiene fiebre?

—Sí. Oye, William: no creo que podamos permitirnos el lujo de perder el tiempo de esta manera lastimosa. ¡Ven ahora mismo y comprobarás personalmente el estado del niño!

—Está bien.

Lanzó un suspiro mientras colgaba el microteléfono.

¡Adiós sus proyectos de descanso!

—¿Algo grave? —inquirió Harry, cuando el doctor estuvo fuera de la cabina.

—Mi sobrino Thomas. ¡No se case usted nunca con una mujer que haya leído un solo libro de medicina, Emerlan! Es el mejor consejo que puedo darle.

Sonrió el otro.

—Lo tendré en cuenta, señor.

—Allá usted si no me hace caso.

Momentos más tarde, el ascensor lo dejaba en la planta baja. El hospital, a aquella hora, empezaba a animarse y enfermeras y doctores circulaban ya por los pasillos en cantidad creciente.

«La mayor parte de esta gente —pensó Durk— ha debido de dormir durante toda la noche… ¡Y no saben apreciarlo como se merece!».

El sol, ya en la escalinata del soberbio edificio, le obligó a entornar los ojos. El día era verdaderamente espléndido.

Se prometió, después de visitar a su sobrino, detenerse en cualquier sitio y tomar un baño en el mar. Siempre llevaba un traje en la maleta posterior del coche.

Tomó Figueroa Street, subiendo hacia el centro de la ciudad. La circulación no era aún excesiva y pudo avanzar, a bastante velocidad, hasta el cruce central de las autopistas, donde tomó Pasadena Frwy, llegando poco después a Colorado Street, donde pudo acelerar a placer.

Su hermana habitaba una linda casa en Arcadia, camino de San

Bernardino, en el este de Los Ángeles. Estaba casada con un decorador escenarista que se pasaba la vida en los estudios de Hollywood; un muchacho agradable, simpático y al que William estimaba… y compadecía.

En efecto, Esther, sin dejar de ser una deliciosa mujer, tenía, entre otros defectos, el de creerse, hasta un punto desagradable, que poseía parte de la ciencia de su hermano, «el famoso cirujano». El haber convivido con él durante los largos años de estudio y haberle «ayudado» en sus lecciones despertó en ella un afán de saber que, desdichadamente, no estaba en relación con su limitada inteligencia y con su capacidad mediocre. De ahí había resultado un verdadero empacho pseudocientífico, cuyas descargas hacían temblar, muy justificadamente, a los vecinos, a su esposo y, lo que era aún peor, al propio William…

Al detenerse ante la elegante «villa» de los Curson, Durk experimentó una cierta envidia, imaginándose la clase de vida tranquila y apacible que él podría gozar en un rincón como aquél, lejos del tráfago de los pasillos por los que discurrían las camillas y del sonar estrepitoso de los teléfonos que, en el hospital, no dejaban de sonar en ninguna hora del día o de la noche.

Aparcó el coche en el amplio jardín y llamó a la puerta, que se abrió casi inmediatamente, apareciendo en el umbral la propia Esther.

—¡Gracias a Dios! ¡Creí que no llegarías nunca!

—Hola —se limitó a decir él.

La besó en la mejilla y una vez dentro, después de colgar el sombrero en el perchero, preguntó:

—¿Dónde está Thomas?

—En su habitación.

—¿Y tu marido?

Ella se encogió de hombros.

—¿Dónde quieres que esté? Lleva dos días decorando un escenario para una película de la Metro. ¿Sabes que Víctor Mature tuvo ayer una jaqueca tan espantosa que no pudo «rodar»?… ¡No me extraña! Le ocurre cada vez que trabaja con la Taylor… ¡Esa Beth es terrible!

Durk ya estaba acostumbrado a aquella clase de «potins» y escuchaba apenas lo que su hermana le decía, mientras subían las

escaleras hacia la segunda planta.

Ella continuaba hablando, vertiendo un chorro de incongruencia, de las que no se pueden oír en otra ciudad que no sea Los Ángeles. La proximidad de Hollywood presta temario suficiente para que las mujeres que no tienen nada que hacer —y son muchas— posean informes confidenciales, «de última hora», «estrictamente secretos», de todas las minucias de la vida de los grandes astros de la pantalla.

Era una plaga de la ciudad, y William sabía que no existía manera alguna de «inmunizarse» contra ella.

Las enfermeras, los médicos jóvenes y los enfermos, no hablaban de otra cosa y la ciudad entera palpitaba con los últimos hechos, con el antepenúltimo divorcio o con el postrer suspiro que había lanzado una bella, fuera del «plateau».

El pequeño Thomas tenía muchísima menos fiebre que la que había hecho suponer la exagerada alarma de Esther. Y Durk, después de sonreírle y palparle cuidadosamente, se levantó, volviéndose hacia la mujer.

—Un simple empacho; una indigestión de lo más vulgar, querida hermana.

—¡Cuánto me alegro! —exclamó ella; pero, mirándole fijamente —. ¿Has palpado cuidadosamente el punto apendicular, William? ¿Has notado la resistencia, muscular en el abdomen? ¿No te ha parecido que había un poco de «vientre en tabla»?

Durk suspiró.

—No hay nada de eso, querida. Todos los niños se resisten a la palpación abdominal; eso es todo.

Y saliendo de la habitación, después de haber besado al niño.

—Tenlo a dieta y dale las pastillas que voy a recetarte.

—¿No vas a tomar un «*whisky*»?

William sabía que era inútil intentar escapar inmediatamente.

—Está bien; pero sírveme solamente un cuarto de vaso y con mucha soda.

Se dejó caer en un sillón, cerca del aparato de televisión, que encendió maquinalmente.

El locutor hablaba de la situación mundial. Y, como siempre, los mismos tópicos salían de su boca: frases que alimentaban, desde hacía tiempo, la opinión mundial.

«Guerra en Argelia, tensión en Corea, encrucijada del mundo árabe, incidentes fronterizos en Israel, proposiciones soviéticas de paz, bases atómicas en Alemania occidental…».

Durk cerró el aparato cuando su hermana se acercó con la bandeja.

—Hace muchísimo tiempo que no vienes a comer con nosotros. ¿Por qué no te quedas hoy, querido?

—Imposible. Tengo una operación a mediodía.

Mintió tranquilamente. Y hubiese sido capaz de hacerlo media docena de veces, ya que la sola idea de quedarse allí le daba estremecimientos.

Deseaba descansar, en su departamento, con todas las persianas bajadas, gozando de la soledad, la oscuridad y el silencio, que tanto le costaba lograr, recuperando fuerzas para bregar nuevamente, hasta poder conseguir otro descanso. Y así, en círculo cerrado, sin otras perspectivas, al menos por el momento.

—¡Dichoso trabajo! —exclamó la mujer, que se había sentado frente a él—. ¡Igual le pasa a Joe! ¿Crees que esto es una vida para una mujer como yo?

Desde donde estaba, William veía el garaje, abierto, con el magnífico coche de su hermana. Su esposo se había llevado el otro.

A la izquierda y en medio de un lujuriante jardín, la piscina y más allá, el campo de tenis…

¿Cuándo podía Esther haber soñado el vivir de tal suerte?

—Vendrás al menos el domingo, ¿verdad? —insistió ella.

—Haré lo posible. El sábado por la tarde te llamaré.

—Justamente, Joe no trabaja el domingo. Me ha prometido terminar el escenario para el sábado por la noche. Se trata de un hotel en el desierto.

—Muy interesante —replicó el médico, que apenas la escuchaba.

—Es una de esas archisabidas películas de Dorothy Lamour y Hope; una de esas astracanadas, muy de taquilla… Joe ha dicho que todos los chistes de Bob son viejísimos… ¡Qué poca imaginación!

Y siguió hablando, sin cesar, mientras Durk terminaba de beber su dosis de alcohol que, aunque pequeña, aumentaba el amodorramiento que le dominaba, obligándole a entornar los ojos.

Se desperezó bruscamente.

—He de irme, querida…

—¡Aún no me has dado tu opinión de lo que te acabo de contar! ¿Te parece bien lo que ha hecho Clark Gable? Claro que vosotros, los hombres…

—No, querida. Estoy, al menos esta vez, completamente de acuerdo contigo…

¿Qué demonios le había contado de Gable?

—¡Menos mal! —Le acompañó hasta el coche, cogiéndolo por el brazo—. No olvides que tienes que venir el domingo. Te llevarás una sorpresa agradable, ya que tengo algunos invitados y uno de ellos, te lo aseguro, es una verdadera revelación de Hollywood.

—No faltaré, Esther.

La brisa, al apretar bruscamente el acelerador, le despabiló un poco; de todas formas, el runrún del motor volvió a sumirle en una especie de encanto.

Sonrió, al intentar recordar los trozos de las frases de la conversación insulsa de su hermana. Luego, sin poderlo evitar, sintió un espíritu de protesta, al recordar todo lo que Esther tenía y de lo que se atrevía a quejarse todavía.

«¡Suuuuu…!», hacia el motor.

Era agradable, tremendamente agradable, aquella mezcla de calor y de brisa que, junto al rumor de los poderosos cilindros del coche, invitaban amablemente a cerrar los ojos.

Pronto podría dormir, en la oscuridad de su habitación, después de haber tenido la elemental precaución de descolgar el teléfono. Hasta daría permiso a Lionel, su viejo ayuda de cámara y a Ellen, la cocinera…

¡Que se fuesen todos!

No debía volver al hospital hasta dentro de dos días, el jueves exactamente y deseaba vivir un poco como lo hacía en su época de estudiante. Se haría él mismo la comida y recorrería el lujoso apartamento completamente solo, con los pies descalzos, sin afeitar, canturreando una vieja canción, en pijama o batín, sin oír aquello de «señor doctor» por aquí, de «señor doctor» por allá.

¡Qué delicia!

Entreabrió los ojos, justo para tomar una curva, quizá demasiado abierto, lo que provocó las protestas airadas del conductor del coche que se cruzó con él.

Pero Durk no se daba cuenta de nada.

Su espíritu, arrullado por el ruido del motor del coche, gozaba plenamente, planeando sobre una especie de nirvana, Su cuerpo, después de todas aquellas tremendas horas de trabajo, haciendo intervención tras intervención, sin más descanso que unos minutos para tomar una taza de café bien cargado o un «sandwich» con un poco de cerveza, se tomaba ahora, en un colosal desquite, todo el descanso que merecía…

¡Dormir! ¡Morir quizá!

Recordó las frases de Hamlet y se dijo que, si la muerte era algo semejante al sueño, al dulce sueño que se iba apoderando de él, la cosa merecía totalmente la pena.

Después de todo, ¿qué era la vida sino una acumulación de cansancio, un amontonamiento de fatigas y de quehaceres?

Otra curva…

Los neumáticos chirriaron, en un largo y prolongado lamento.

Movió la cabeza, intentado quitarse todo aquel cansancio que le oprimía el cuerpo, como si una losa de plomo hubiese caído sobre él.

Sin embargo, era tan dulce.

Fue poco después, antes de entrar en el centro de la ciudad y cuando recorría los últimos decámetros de Foothill cuando, al tomar la tercera curva del camino, su neumático posterior, el de la derecha, chocó contra el hito que marcaba el número 17.

La velocidad hizo que el vehículo se torciese, bruscamente, hacia la parte externa de la curva, precipitándose, dando vueltas, por un barranco, de unos tres metros de altura, contra cuyo fondo de estrelló salvajemente.

* * *

Una hora más tarde, su ayudante, el doctor Harry Emerlan, observaba detalladamente los aparatos que iban proporcionándole los datos vitales del cuerpo de William Durk.

A su lado, el director del hospital, Emil Fatherman, seguía con interés y emoción los preparativos para la hibernación. Poco a poco el cuerpo de Durk fue perdiendo temperatura en la cámara de hibernación. Su pulso y su ritmo respiratorio descendieron tremendamente y el color de su piel fue tornándose pálido, hasta

llegar a una blancura que recordaba la cadavérica.

—Es la única manera de poder hacer algo —se excusó Harry.

El director, antes de decir algo, asintió con la cabeza.

—Creo que podremos salvarlo —dijo.

—Sí, pero sin la hibernación hubiese estado irremisiblemente perdido. El «*shock*» ha sido muy violento.

CAPÍTULO II



l abrir los ojos, no tuvo sensación ninguna de molestia. Además, ¡oh maravilla!, debía de haber descansado completamente, porque se sentía como nuevo, en forma, dispuesto a volver al trabajo con más ímpetu que jamás.

Lo primero que le extrañó fue la habitación, que no coincidía, en ningún detalle, con la suya; después cuando la puerta se abrió vio entrar a la enfermera.

Se sentó en la cama, sintiendo entonces una presión dolorosa en el pecho, que le hizo ahogar un lamento.

—¡Échese, por favor! —exclamó ella, empujándole suavemente con ambas manos y cubriéndole hasta la barbilla con el embozo de la sábana.

—¿Qué… ha pasado?

—Tuvo usted un accidente… en su coche.

Durk intentó recordar; después de algunos esfuerzos y juntando el rompecabezas que flotaba en su mente, logró recordar su visita a

la casa de su hermana, del pequeño Thomas, y su indigestión sin trascendencias, del vaso de «*whisky*», y del runrún del motor de su coche.

¡Qué loco había sido!

—¿Fue… muy grave? —inquirió.

—Bastante. Tuvo que ser sometido a la hibernación.

—Comprendo…

Ella no le dejó hablar más, metiéndole el termómetro en la boca. Le tomó el pulso, anotó los resultados en la gráfica que había sobre el lecho y salió, no sin antes rogarle que no se moviese.

—El doctor Emerian no tardará en venir.

Él asintió con la cabeza.

¡Menos mal que Harry le explicaría las cosas con algún detalle y le diría claramente cuándo podía levantarse!

Indudablemente, había cometido una locura al no quedarse en casa de Esther cuando ella le invitó. Hubiese descansado y el accidente no hubiera tenido lugar.

La puerta se abrió en aquel instante, dando paso, primero, al director del hospital, que le sonrió amablemente. Detrás de él entró Harry.

—¿Cómo se encuentra, Durk? —inquirió el primero.

—Perfectamente, señor. ¿Cuándo podré levantarme?

Emil se volvió hacia el otro.

—¿Qué le parece, Harry?

Harry se puso «firme» y saludó a su superior, con un taconazo imponente. Mirando hacia abajo, William VIO QUE SU AMIGO LLEVABA BOTAS ALTAS, que asomaban bajo la bata.

—Creo que podría levantarse esta misma tarde, señor.

Pero Durk no le escuchaba. Seguía con los ojos fijos en las botas comprobando que el director también las llevaba…

Estuvo a punto de preguntar si estaban movilizados, si América estaba en guerra; pero se retuvo.

Cuando los dos hombres se hubieron ido, saltó del lecho, precipitándose hacia el armario, con intención de vestirse inmediatamente.

—¿De quién diablos es este uniforme? —se preguntó.

Suspirando volvió al lecho y pulsó con fuerza el botón. La enfermera no tardó en llegar.

—¿Deseaba algo, doctor Durk?

—Sí. El profesor Fatherman y Harry me han dado permiso para levantarme… ¿Dónde está mi ropa? Ahí, en el armario, no hay más que un uniforme…

—ES EL SUYO, SEÑOR…

—¿El mío? ¿Qué quiere usted decir? ¿Es que estamos movilizados?

Ella le miró, con la extrañeza pintada en su bello rostro.

—Siempre lo hemos estado, COMANDANTE DURK.

—¿Quién? ¿Yo el comandante Durk?

Hubo una corta pausa.

—Creo que tendré que impedir que se levante, señor. No está usted bien todavía.

Él se dio cuenta de lo que podía significar aquello.

—¡Perdone, señorita! ¿No se ha dado cuenta de que estaba bromeando? ¿Qué creía entonces? ¡Páseme mi uniforme, por favor!

Ella cayó en la trampa.

—Ha simulado usted perfectamente un ataque de amnesia, comandante.

¡Y dale con lo de COMANDANTE!

Pero no estaba dispuesto a llevarle la contraria. Si alguien le estaba gastando una broma, ya tendría tiempo de ajustarle las cuentas.

Se colocó el uniforme, de color grisáceo y que llevaba una cruz sanitaria en la manga. En las hombreras había las insignias de comandante.

«Quizá estemos en guerra —se dijo—. Pero no creo que Harry me lo hubiese ocultado…».

Las botas altas le hicieron fruncir el entrecejo. Nunca le habían sido simpáticas, ya que, para él y su forma de pensar, eran el símbolo de algo demasiado absurdo por ser al mismo tiempo un recuerdo de la Europa de 1940.

Se miró al espejo.

No estaba del todo mal; pero él prefería cualquiera de sus trajes, cosa que le permitía pasar desapercibido en todos sitios, proporcionándole esa amada sensación de soledad que tanto le había faltado desde que se convirtió en uno de los cirujanos más famosos del país.

Al salir al pasillo, tuvo la fortuna de no tropezarse con nadie. Y, conociendo perfectamente el lugar donde se hallaba, tomó a la derecha, disponiéndose a llegar hasta los quirófanos donde, sin duda alguna, se encontraría con Harry, a solas.

Deseaba saber…

Tomó, después de atravesar un vestíbulo completamente desierto, el pasillo reservado a los cirujanos y por el que podía moverse con mayor seguridad. Así, andando lentamente, llegó hasta el antequirófano, recordando entonces el cigarrillo que fumó antes de que Esther le llamase.

Seguramente había venido a verle y esperaba sus noticias. Después de todo, amaba a su hermana y se prometió telefonearla en cuanto pudiese.

Impelido por la misma fuerza que le empujaba siempre, se acercó al ventanal, lanzando una amorosa mirada sobre su querida ciudad de Los Ángeles.

La ventana estaba abierta y aquello era una invitación para lanzar una mirada a la avenida y al hormigueo de coches que desfilaban incesantemente en ambas direcciones.

Y no estalló su sorpresa al ver la poquísima cantidad de coches que se movía allá abajo, once pisos bajo el suyo, sino porque su mirada, clavada hipnóticamente, seguía fija en la bandera que flotaba en el astil del tercer piso.

¡UNA BANDERA CON LA CRUZ GAMADA SOBRE LAS ESTRELLAS!

—¡Debo de estar viendo alucinaciones!

Pero no cabía la menor duda de que lo que estaba viendo era real. Y así, luchando contra aquella imagen, permaneció allí, hasta convencerse de que se había vuelto completamente loco…

Retrocedió hasta el quirófano, asomándose por uno de los ventanales. Harry estaba operando.

Pero él ya no quería presentarse ante su amigo… ni ante nadie. Deseaba salir cuanto antes de aquel hospital, recorrer las calles en su coche e intentar comprender, fuese como fuese, lo que estaba ocurriéndole, antes que los loqueros cerrasen fuertemente sobre su cuerpo la camisa de fuerza.

El joven «liftier», cuando entró en uno de los ascensores, se cuadró militarmente, levantando el brazo… ¡COMO LOS ANTIGUOS NAZIS!

Sin saber cómo, William le imitó, deseando seguir la farsa, al tiempo que se estremecía de espanto.

¿Qué ocurría, Dios Santo?

Salió al «*hall*» y fue saludado, como lo había hecho el ascensorista, por todos los que se encontró allí, muchos de los que le eran conocidos y otros completamente desconocidos.

Al salir a la calle, respiró profundamente, contento de haber escapado de lo que le parecía ser el más horrible manicomio colectivo que podría imaginarse jamás.

Encontró las calles raras. Pocos eran los que deambulaban por allí y más escasos los vehículos. Al detenerse, quinientos metros más allá, no lejos del aparcamiento de su coche, recordó lo del accidente y se dijo que tendría que tomar un taxi.

¿Quién podría informarle de todo aquello mejor que su propia hermana? Esther se lo diría todo y, por el momento no pensaba moverse de la casa de Joe, en la que, al menos, podría encontrarse seguro.

Una punzada en el estómago le arrastró a la realidad de su fisiología y penetró en un bar vecino, en uno de cuyos altos taburetes se subió, pidiendo unos bocadillos.

Y, cuando el «barman» se alejaba, le dijo aún:

—De jamón, ¿eh?

El otro se volvió, acercándose nuevamente a él, con una sonrisa en los labios.

—Debe de haberlo olvidado, mi comandante.

—¿Olvidado el qué?

—El día de hoy; estamos a martes, señor.

—Eso me parece bien, pero ¿qué tiene que ver el martes con mi apetito?

—El martes, mi comandante, así como los jueves y los sábados, no hay jamón ni carne. Aunque todo eso lo sabe usted mejor que yo. ¿Qué clase de queso quiere?

—Es igual.

La angustia creció desproporcionadamente en el corazón de William. Era completamente imposible, por muchos esfuerzos que hiciese, entender aquel horrendo galimatías que, desde que había abierto los ojos en la habitación del hospital, le rodeaba, como la más alucinante de las pesadillas.

Cuando terminaba de comer, el «barman», seguramente deseando conversación, le preguntó sonriente:

—¿Viene usted de muy lejos, comandante?

Para ser sincero, Durk debía haberle dicho que llegaba de otro mundo; pero seguro de que el otro le tomaría por loco; recordó la esvástica de la bandera del hospital y dijo:

—Acabo de llegar de Alemania.

Los ojos del otro se encendieron, como dos ascuas vivas.

—¡Ahora lo comprendo todo, señor! ¿Cómo iba a saber usted que la carne estaba racionada en América? ¡Qué felicidad haber nacido en Europa! Allí, según he oído y usted sabrá mejor que nadie, se encuentran las cosas en una abundancia total… Pero aquí, desde que terminó la guerra, vivimos de una manera…

Se dio cuenta de que estaba hablando con un oficial y palideció intensamente.

—¡Por favor, señor! ¡No me denuncie! ¡Estaba hablando en broma!

Y aquel buen hombre tenía los ojos anegados de lágrimas.

—No tema —dijo Durk, profundamente conmovido—. He olvidado cuanto me ha dicho.

El rostro del «barman» se iluminó.

—¡Gracias, mi comandante, gracias! ¡No me debe usted nada! Es un obsequio de la casa. ¿Desea otro vaso de cerveza, señor?

—No. Muy agradecido.

Y salió de allí, teniendo que apoyarse en la pared, junto a la puerta.

La cabeza le daba vueltas.

No podía esperar más, ya que su curiosidad —una curiosidad vital, que era la única cosa que podía salvarle de la locura— le imponía saber lo antes posible la verdad.

Y nadie podría decírsela con mayor confianza que su hermana Esther.

Tomó el taxi, a cuyo conductor dio la dirección de su cuñado. El chófer le hizo una media reverencia servil, pero ya nada podía extrañarle y empezaba a admitir los disparates como cosa natural y corriente.

Cuando el vehículo se detuvo ante la «villa», William se quedó como viendo visiones, al contemplar la suciedad que reinaba por

doquier y las gentes extrañas, mujeres mal vestidas y chicos harapientos, que deambulaban por el jardín, cuyo campo de tenis había sido convertido en un colgadero, en el que las prendas, a pesar de su limpieza, denotaban un lamentable y sórdido estado.

Preguntó por su hermana, pero nadie le contestó al dar el nombre de casada. Finalmente, una mujer, al explicarle detalladamente la fisonomía de Esther, se dio una palmada en la frente.

—¡Ya sé! Segundo piso, puerta B. Ella, desde luego, no está. La vi salir esta mañana para el trabajo, como de costumbre.

William se quedó de piedra.

—¿Eh? ¿Qué Esther trabaja?

La mujeruca suspiró.

—¡No me diga, señor comandante! ¿Cómo no quiere que trabaje con ese marido que Dios le ha dado?

—¿Su marido? ¿Qué hace su marido?

—Beber como un cosaco y pegarle cada vez que ella se atreve a llevarle la contraria.

¿Cómo? ¿Joe convertido en aquella especie de monstruo?

Dio las gracias a la mujer y penetró en la casa, cuyo interior estaba sucio y desaliñado. Cuando logró, tras abrirse paso entre los chiquillos con los que se cruzó, llegar a la puerta numerada, llamó a ella tímidamente, como si temiese que la locura general que reinaba a su alrededor tuviese allí su manifestación más alucinante.

—¡Pase!

Entró, experimentando una desagradable sensación, al ver el estado caótico de aquella habitación, en el que la suciedad y el abandono corrían pareja.

Un hombre, echado en el catre —aquello no podía llamarse cama—, se incorporó pesadamente, dejando caer una botella que tenía en la mano.

—¡Pero si es mi cuñado! —exclamó—. ¡Querido William, qué alegría volver a verte! ¿Ya te han dado de alta los médicos?

Durk se estremeció.

¡Aquel Hombre no era joe, EL Esposo de Esther, y William Hubiese Jurado que Aquella era la Primera vez que lo Veía en su Vida!

Avanzó lentamente, hasta dejarse caer en los pies de aquel

camastro, mirando detalladamente al hombre.

Su diagnóstico lo hizo mental y automáticamente, sin necesidad de ningún esfuerzo: «alcoholismo agudo; siete meses de vida», decía el pronóstico.

—¿Quieres un cigarrillo, William?

Durk tendió la mano, agradeciendo la invitación del otro, ya que desde que había despertado no fumó ni un solo cigarrillo. El humo le tranquilizó un tanto y fue después de lanzar la tercera bocanada hacia el techo cuando preguntó:

—¿Y Esther?

—Trabajando.

Todos sus proyectos ofensivos se habían venido ruidosamente abajo. En circunstancias NORMALES, hubiese exigido de aquel borrachín muchas cosas y hasta hubiese obtenido una separación, apelando a sus buenos amigos, los abogados de Los Ángeles.

«¿Cómo he podido yo consentir —se preguntó— este horrible matrimonio y cómo se ha convertido esta "villa" en una especie de campamento de gitanos?».

Luego, repentinamente, el otro se incorporó un tanto:

—¿No podrías prestarme algún dinero, cuñado? Con doscientos marcos tendría bastante.

—¿Has dicho «marcos»? ¿Y los dólares?

El dipsómano le miró fijamente.

—¿Estás seguro, hermano, de que te han curado bien?

Durk se mordió los labios; pero, casi enseguida, sonrió. Sin darse cuenta, el otro acababa de darle una justificación para saberlo todo.

Buscó la cartera en el bolsillo y no la reconoció, así como los extraños documentos que en ella había. Sin embargo, su foto y su nombre hacían imposible cualquier confusión. También encontró billetes que no conocía y al comprobar que llevaba dos mil de aquellos «marcos», separó trescientos que entregó al otro.

Los ojos del cuñado brillaron ávidamente.

—¡Gracias, William, gracias!

Fue entonces cuando Durk, antes de que el otro pudiese evitarlo, le arrancó el dinero de sus temblorosas manos.

—¿Qué demonios haces?

—Nada. Voy a darte este dinero; es decir, te lo voy a regalar. Pero con una condición.

—Tú dirás…

—Escucha, cuñado —tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para pronunciar aquella palabra, que le repugnaba íntimamente—: antes has dicho algo, en lo que tienes toda la razón. No estoy curado, al menos, mentalmente.

»Hace un momento te he hablado de dólares. En realidad, desde que he recobrado el conocimiento, no entiendo absolutamente nada de lo que me rodea. ¿Quieres hacer el favor de contestar a mis preguntas, por muy extrañas que te parezcan?

—¿Me darás los trescientos?

—Te daré quinientos.

—¡Puedes empezar cuando quieras!

—Escucha: ¿qué significa la cruz gamada sobre nuestra bandera?

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

Durk se dio cuenta de que aquella pregunta era, para el otro, tan estúpida como si le hubiese preguntado por qué salía el sol cada día.

—Bueno. Dime entonces otra cosa. ¿En qué año se terminó la Segunda Guerra Mundial?

—En 1945.

—En eso estamos de acuerdo. ¿Quién la ganó?

—Alemania.

—¿Cómo? Entonces… ¿para qué descubrimos la bomba atómica?

—Has perdido la memoria completamente, cuñado. Y, además, tienes un tremendo lío en la cabeza. ¡Ay, si hubiésemos tenido nosotros la bomba atómica!

—Pero ¿no lanzamos nosotros dos sobre el Japón: una sobre Hiroshima y otra sobre Nagasaki?

—¡Fantasías, querido William! Fueron los alemanes que, con cuatro bombas «A», terminaron la guerra.

—¿Dónde las lanzaron?

—En París, Londres, Washington y Nueva York.

Durk se estremeció.

—¿Y… nos rendimos?

—¿Qué podíamos hacer? Nos rendimos incondicionalmente. Desde entonces somos la provincia Oeste de Alemania, lo que ellos llaman el Reich Americano.

La frente de William estaba cubierta de sudor frío.

—Y esta casa. ¿Cómo está habitada por tantas familias?

—Como todas, William. Ellos, los ocupantes, se han apoderado de lo mejor de la ciudad. Y nos hemos visto obligados a amontonarnos como hemos podido.

Las manos de Durk temblaban intensamente.

—Escucha. Quizá lo he soñado, pero creí que Esther estaba casada con un hombre llamado Joe, que trabajaba, como decorador-escenarista, en la «Metro»…

El borrachín lanzó una carcajada.

—¡Cómo sueñas cuñado! ¡La «M. G. M.», los «dólares»! Deberás hacerte examinar por un buen psiquíatra.

—¿No existe Hollywood, entonces?

—¡Claro que existe! Pero, desde 1946, todos los estudios pertenecen, exclusivamente, a la UFA.

CAPÍTULO III



l taxi le esperaba afuera, junto a la destrozada verja de la casa.

Al verle, el conductor bajó y le abrió respetuosamente la portezuela.

—¿Dónde vamos ahora, comandante?

El rostro pálido de Durk debió alarmarle, ya que preguntó:

—¿Le ocurre algo, señor? ¿Se siente mal?

William sonrió débilmente.

—No es nada, gracias. Oiga, chófer, ¿cuánto me costaría ir a las afueras de la ciudad, lo más lejos de Los Ángeles que sea posible?

—Eso depende. Hasta ahora ha gastado usted cincuenta marcos. Puedo llevarle, por ochenta más, hasta sesenta millas fuera, comprendido el viaje de vuelta mío.

—De acuerdo.

Media hora más tarde, el vehículo se detenía y Durk, después de pagar al conductor, echaba a andar por la carretera, por la que, sólo

de tiempo en tiempo, pasaba un vehículo en una u otra dirección.

Se sentía agobiado, tremendamente desdichado, como algo que, sin pedirlo, hubiese penetrado en un extraño universo, en el que todo le fuese hostil.

—Y yo no puedo estar loco —se dijo en voz alta.

—Todos mis recuerdos están perfectamente organizados y enclavados en mi memoria con la fuerza de hechos reales. Sería capaz, en cualquier momento, de escribir la historia del mundo, TAL Y COMO LA SIENTO… TAL Y COMO, PARA MÍ, HA SIDO…

Entonces…

¿Qué significaba cuanto le rodeaba? ¿En qué raro mundo se había despertado?

Le vino a la memoria un libro de Frederic Brown, que le había causado una penosa impresión. El héroe de aquel relato despertaba en un mundo que no era el suyo, correspondiendo a una serie de universos, todos ellos posibles, lo que hacía que existiesen infinitas Tierras, una para cada probabilidad de existencia.

«Todo eso son fantasías —se dijo—, mientras que lo que me ocurre a mí es una realidad tangible, que estoy tocando y que se impone a mí como una lógica aplastante».

Atravesó algunas pequeñas localidades, comiendo en algunas de ellas y descansando en otras. Así, lentamente, en el curso de una semana, que le pareció eterna, se alejó de Los Ángeles, hasta adentrarse por la zona desértica, cuyas hermosas autopistas estaban casi completamente desprovistas de circulación.

Fue el noveno día de marcha cuando, sin saber exactamente por qué, se dirigió hacia una casa que había visto poco antes desde la carretera. El sitio, además de solitario, era inhóspito y salvaje. Y la casa se levantaba en un lugar agreste, lejos de ciudades y pueblos, como si sus habitantes hubieran deseado aquella soledad como un consuelo.

El jardín estaba descuidado y un perro, atado con una cadena, ladró desesperadamente, al ver acercarse al extraño.

Poco después, la puerta principal se abría, y una muchacha rubia, vestida con pantalón y jersey negros, salía a la puerta, empuñando un rifle.

Durk se quedó mirándola con una sonrisa que, a pesar de todo, entreabrió sus labios. Después de todo lo que había visto, aquella

escena tenía algo de humano, de real y de lógico, que le causó una agradable impresión.

Ella se acercó cautelosamente, sin dejar el rifle, mirando fijamente al recién llegado.

—¿Qué desea?

Él procuró que su voz fuese lo más amable posible, pero los ladridos del perro le obligaron a gritar.

—¡Calla, «Dick»! —ordenó ella. Y volviéndose al joven—: ¿Qué ha dicho usted?

—Que me he extraviado.

—Puedo indicarle el camino.

Aquello le cerraba toda posibilidad de quedarse y él frunció el entrecejo.

—Estoy agotado, señorita. Además, no he comido hace muchas horas. Pagaré lo que sea.

Ella seguía mirándole y William se dio cuenta de que no dejaba de mirar el uniforme, con un gesto que significaba todo menos simpatía.

Hubo un corto silencio.

—Puedo darle de comer —dijo finalmente ella—; pero tendrá que irse enseguida. Tengo a mi padre enfermo…

—Si puedo ayudarle en algo, señorita.

Ella movió enérgicamente la cabeza.

—No…

—Soy médico.

El rostro de la muchacha se transformó y sus ojos adquirieron un brillo más humano.

—¿Médico?

—Sí. Tengo mis credenciales en el bolsillo.

—Entonces… ¿querrá reconocer a mi padre?

—Con mucho gusto.

El rifle dejó de apuntarle.

—Pase por aquí, por favor.

El interior de la casa estaba mucho, más ordenado que el aspecto exterior. Los muebles eran viejos y anticuados, pero estaban brillantes y limpios.

—Por aquí…

La habitación estaba ocupada por un lecho enorme, donde yacía

un hombre, con las manos vendadas y algunos esparadrapos en el rostro. Su mirada, hasta entonces mortecina, se animó al ver entrar al desconocido.

—¿Quién es, Betty?

—Un médico, papá. Pasaba por aquí, casualmente.

—¡Ya te he dicho que no quiero ver ningún uniforme en mi casa! ¡Fuera de aquí!

Ella se acercó a Durk.

—Perdone. Debe de tener mucha fiebre.

Pero William estaba seguro de que aquel hombre no tenía ni una décima. Y, decidiéndose, salió de la estancia, seguido por la muchacha.

—¿Va usted a dejarlo morir? ¡Debí habérmelo imaginado! ¡Todos ustedes son iguales!

Él se volvió hacia la muchacha y la miró inquisitivamente.

Era alta, casi como él, y extraordinariamente bonita. Tenía los cabellos dorados y los ojos de un azul profundo.

—Se equivoca, señorita. Si he salido de esa habitación ha sido para rogarle que me preste un traje viejo de su padre. No quiero que la vista de este uniforme, que me desagrada tanto como a él, impida que le reconozca.

—¡Gracias! ¡Gracias! Y perdone mi brusquedad anterior.

—La comprendo perfectamente.

—No lo creo. Mamá fue castigada por los ocupantes y fusilada, poco después. Papá no ha podido perdonárselo jamás.

—Yo hubiese hecho igual. ¿Quiere darme otra ropa?

—Pase por aquí. En ese armario hay algunos trajes de papá. Por fortuna, creo que le irán a usted bien. Póngase el que quiera.

Momentos más tarde, Durk salía con un traje gris, un tanto estrecho de hombros, y el uniforme en la mano.

—¡Queme esto, señorita Betty!

Ella le miró, con asombro.

—¿Quemarlo?

—Sí. Alguna vez le explicaré mi punto de vista respecto a los ocupantes.

Ella lanzó una cantarina carcajada.

—¡Y yo que le había tomado por uno de esos fanfarrones vendidos al enemigo, que han olvidado que este país fue los Estados

Unidos! Le aseguro que, si hubiese intentado alguna cosa, le hubiese disparado con el rifle…

—Yo también estoy seguro.

Le tendió la mano, que ella estrechó calurosamente.

—Me llamo William Durk.

—Y yo Betty Snak. Mi padre es Elmer Snak, antiguo profesor de Física en la Universidad de Columbia.

—¿Qué le ha ocurrido? ¿Un accidente?

—Le estalló uno de los aparatos electrónicos que maneja.

—¿Cómo? ¿Sigue experimentando?

—Sí. Tenemos un pequeño laboratorio en el sótano. Papá, en cuanto vio que los alemanes se disponían a ocupar el país, escapó de la Universidad, llevándose algunas cosas de gran utilidad para sus experimentos. Por suerte, nadie nos ha molestado en todo este tiempo. Yo iba, de vez en cuando, en la vieja camioneta, a por víveres. Nunca al mismo lugar. Así hemos logrado pasar desapercibidos.

—Me alegro. Voy a verle, con su permiso.

—Yo quemaré esto, mientras tanto.

—¡Que no queden ni las cenizas!

Ella sonrió y él, alegre como no lo había estado desde que despertó en el hospital, penetró en la estancia donde yacía el anciano.

—Soy el doctor Durk, profesor Snak. Y estoy, por completo, a sus órdenes.

El viejo le miró fijamente.

—¿Qué ha hecho con el uniforme?

—Su hija lo está quemando, para satisfacción general, profesor.

—¿No es usted entonces uno de los vendidos al ocupante?

—Soy americano, señor.

—¡Chóquela entonces, amigo!

Se estrecharon la mano y, a continuación, Durk examinó las heridas del viejo. Salvo las de la mano derecha, el resto no eran más que ligeras contusiones, sin mayor importancia.

Acababa el vendaje cuando la muchacha entró en la estancia.

—Ya he quemado el uniforme, doctor.

—¡Excelente!

—¿Cómo encuentra usted a papá?

—No tiene nada de importancia. Lo único que me preocupa, relativamente, es lo de la mano derecha. Ha habido fractura múltiple con astillamiento de algunos metacarpios. Debido a su edad, el proceso de osificación será bastante largo.

—¿Eso quiere decir que no podré manejar mi derecha? —inquirió Snak.

—Me temo que sí.

—Es un fastidio. ¡Justamente cuando necesitaba terminar mi aparato enseguida!

Sin atreverse a mirar a la muchacha, Durk dijo:

—Si puedo serle de alguna utilidad, profesor, dígamelo.

—¡Claro que sí, amigo mío! ¡Claro que sí!

—Olvidas, papá —intervino ella—, que el doctor tiene sus obligaciones y que no podemos abusar de su amabilidad.

El profesor miró a Durk.

—Perdone…

—¡De ninguna manera! Yo estoy completamente libre; al menos durante un tiempo. Lo que no desearía es ser una carga para ustedes, No llevo mucho dinero…

—Por eso no debe preocuparse. ¡Betty, ve a hacer la comida!

—Sí, papá.

Y cuando se quedaron solos, Snak continuó:

—Tengo que terminar mis trabajos, doctor. Es de la mayor importancia, no solamente para mí, sino para nuestro país.

—¿En qué está usted trabajando, si puede decírmelo?

El anciano miró fijamente al joven.

—Escuche, Durk. Voy a confiarle un secreto de la mayor importancia. Al principio de la Segunda Guerra Mundial yo estuve en relación con algunos colegas que estaban trabajando intensamente sobre el átomo. Se hablaba ya, con cierto secreto, del proyecto de fabricación de bombas atómicas en los Estados Unidos. Luego, inesperadamente, los alemanes se nos adelantaron.

—¡Eso no es verdad, profesor!

Snak abrió desmesuradamente los ojos, mirándole fijamente.

—¿Qué está usted diciendo, joven?

Sin poderse contener, William relató al sabio sus propias extrañas experiencias, acumulando toda clase de detalles.

Elmer le escuchó en silencio, pacientemente, limitándose, de vez

en cuando, a hacerle alguna pregunta, que el otro contestaba sin vacilar.

—Todo eso —dijo el profesor, cuando William hubo terminado su relato— es muy extraño. Usted querido amigo, estaba sometido a un tratamiento de hibernación intensa, lo que quiere decir que su actividad cerebral era nula. Al despertarse, en el hospital, se encuentra con que todo es diferente A LO QUE USTED CONOCÍA.

»Es posible que el "*shock*" del accidente haya modificado la estructura de su memoria, permutando todos sus valores y creando una especie de historia ficticia, que se basaría en un fondo emotivo: el de cualquier americano, que soñase CÓMO DEBÍAN HABER SIDO LOS ACONTECIMIENTOS, SI HUBIÉSEMOS GANADO LA GUERRA.

»De todas formas, hay cosas que me hacen dudar; por ejemplo: los detalles y fechas que usted me proporciona, con una seguridad que da frío. Todo, eso, unido a mis sospechas, me demuestra que no andaba: yo desencaminado al pensar —todavía no sé exactamente por qué— que alguien HA CAMBIADO VOLUNTARIAMENTE EL CURSO DE LA HISTORIA.

—¿Es eso… posible?

—Creo que sí, aunque no puedo tener seguridad alguna. Todo depende de poder demostrarlo, sin ningún género de dudas.

—¡Pero eso es imposible!

—Por el momento, sí. Pero hay una manera de salir de dudas. Cuando mi máquina del tiempo esté acabada.

—¿Su… qué?

—Mi máquina del tiempo.

—No entiendo, profesor.

—Es sencillo, a pesar de la dificultad de su realización. Ya sabe usted que Einstein demostró que el tiempo no es más que una dimensión del espacio. De ahí que el espacio fuese cuatridimensional. Esto quiere decir que no podemos concebir acontecimiento alguno que no esté ligado a las cuatro dimensiones espaciales. Hasta aquí, lo entiende todo, ¿verdad?

—Sí.

—Perfectamente, ahora piense un poco sobre la «calidad» de esta cuarta dimensión que es el tiempo, Las otras, las ya conocidas desde siempre, son RÍGIDAS; es decir, expresan, siempre una cantidad que, para determinado objeto, no es variable, sino fija. Por

ejemplo: esa mesa está delimitada, en el espacio clásico, por tres dimensiones: su altura, su anchura y su profundidad. Dimensiones que podemos comprobar, cuando lo deseemos, con una sencilla cinta métrica. Por el contrario, su cuarta dimensión, el TIEMPO, escapa a nuestra medida. Porque, indudablemente, esa silla no es la misma que cuando empezamos a hablar, hace unos minutos, como tampoco es la misma silla de la semana pasada ni, mucho menos, la que salió del taller o la fábrica donde fue hecha.

»Esa silla, como todos los objetos que nos rodean y como nosotros mismos, va ENVEJECIENDO; es decir, cubriendo un ciclo espacial, en función de la movilidad de su cuarta dimensión: del TIEMPO.

»Esto demuestra, mi querido amigo, que la cuarta dimensión del espacio no es RÍGIDA como las otras tres, sino movible, cambiable, y además, y eso es lo más importante, irreversible.

CAPÍTULO IV



a llegada de Betty, que llevaba un carrito con el servicio y los entremeses, cortó, por el momento, la conversación que mantenían los dos hombres.

¡Ya está aquí la comida! He traído un poco de aperitivo para que puedan distraerse mientras preparo y traigo el resto.

Se había puesto un vestido y arreglado el cabello. William la encontró mucho más bonita que antes. Al dejar el carrito junto al lecho y colocar una de las bandejas sobre las rodillas del anciano, su brazo desnudo rozó la mano del joven, que la vio enrojecer intensamente.

Tras beber una copa, el profesor siguió hablando.

—Irreversible, mi querido amigo —dijo—, es aquello que no puede volver a repetirse, que no puede remontarse nuevamente, ni recorrerlo en el sentido que va hacia atrás. Así, podemos comparar el tiempo, como hicieron los griegos, a un río, cuyas aguas son siempre distintas. Nadie podrá hacer que esas aguas remonten el

curso y vuelvan a su manantial, porque, sencillamente, el curso del río es irreversible.

—Muy interesante, profesor.

—Más de lo que usted se imagina. Sí, volviendo al ejemplo de la silla, pudiésemos movernos por su cuarta dimensión, podríamos, remontándola, conocer todos los aspectos por los que la silla ha pasado, hasta llegar a su fabricación y, si quisiésemos, hasta conocer el árbol del que salió la madera y el mineral de donde fueron hechos los clavos que la mantienen tal y como está.

—Eso es imposible, ¿verdad?

—Sí… y no, doctor.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que, hasta el momento y para nosotros, la cosa es imposible; pero, que poseyendo la casi completa seguridad de que ALGUIEN HA REMONTADO EL CURSO DEL TIEMPO, MOVIÉNDOSE EN LA CUARTA DIMENSIÓN, YA NO ES UNA LOCURA LA CONCEPCIÓN Y REALIZACIÓN DE UNA MÁQUINA DEL TIEMPO, COMO LA QUE YO ESTOY CONSTRUYENDO.

—Usted… desea moverse en el tiempo… ¿no es así?

—Sí.

—Pero antes ha dicho que estaba casi completamente seguro de que alguien lo había hecho ya. ¿Cómo puede hablar así, profesor?

—Abra aquel cajón y traiga una caja metálica que hay en el interior. Fuera de mi hija, va a ser usted la primera persona que va a ver el objeto más valioso de la humanidad.

Obedeció Durk, profundamente intrigado, y cuando hubo entregado la caja al profesor, éste cogió una llavecita que llevaba colgada al cuello y mirando al joven dijo:

—Hace muchos años, cuando acabábamos de llegar aquí, Betty que, como desde siempre, iba con la camioneta a comprar cosas, volvió horrorizada y anegada en llanto.

»Me costó mucho tranquilizarla. Y, al final, me dijo que había visto un hombre muerto junto a la carretera principal, con la cabeza espantosamente aplastada.

»Fui con ella y me convencí de que había visto bien. Aquel desgraciado había muerto, sin duda alguna, aplastado por uno de esos locos de la carretera, que ni siquiera se detuvo a auxiliarle, huyendo indignamente. Ayudado por Betty, que ya se había repuesto, enterré cristianamente al hombre; pero, para mi fortuna,

cuando lo deposité en la tumba, me fijé en un trozo de papel que tenía pegado a la usada suela de uno de sus zapatos. Quizá otra persona en mi lugar no hubiera hecho caso de semejante detalle, pero yo siempre he sido bastante observador y me fijé, en él.

»No sé qué impulso me hizo despegarlo; pero, indudablemente, algo debió de llamarme la atención. Y hace poco, cuando usted me contó sus extrañas experiencias personales, llegué a la conclusión de que yo andaba equivocado al pensar, quizá por pura intuición, que alguien había cambiado el curso natural de la Historia… Vea esto, doctor.

Había abierto la cajita y extraído de ella un papel que, nada más poner en las manos de Durk, hizo que éste reconociese un trozo de periódico. El pedazo era pequeño; pero, por suerte, contenía aún, en mayúsculas, un trozo de titular doble que, aunque partido, no dejaba dudas respecto a su contenido:

»*El lanzamiento de la primera bomba ató*…
»dad de Hiroshima, Japón, seguido del se…
»sobre Nagasaki, ha convencido a los diri…
»de la inutilidad de todo esfuerzo bé…
»La rendición incondicional ha sido a…
»Por otra parte, las tropas aliadas a…
»La presión soviética sobre el sector de…
»la caída de la capital alemana de un mo…

Durk leyó y releyó, incansablemente, aquel viejo y medio destruido trozo de papel.

—¡Entonces es verdad! —exclamó regocijado—. ¡Es verdad! ¡No estoy loco! ¡Esto demuestra, querido profesor, que yo tengo razón y que el mundo en el que me desperté no coincide, no es el mismo que el que yo vivía cuando sufrí el accidente automovilístico…!

El sabio asintió con la cabeza.

—Puede usted imaginarse mi tremenda sorpresa al leer ese trozo de papel que usted tiene en la mano. Mi confusión debió parecer ridícula y hasta Betty temió, por un momento, que el trozo de periódico me hiciese perder la cabeza.

—¡Tiene usted razón, profesor! Ahora más que nunca me ha

convencido: ALGUIEN HA CAMBIADO EL CURSO DE LA HISTORIA.

—Ése fue mi temor. Y, por eso precisamente, adelanté mis trabajos en la máquina del tiempo. Como nunca, comprendí la importancia de mis experimentos, aunque temía no poder llevar a cabo la investigación que tan ansiosamente deseaba.

—¿Por qué?

—Porque no podía exponer a mi hija a una aventura que posee tan pocas probabilidades de triunfo.

—¡Yo lo haré, profesor!

Snak sonrió agradecido.

—No sé si se ofrecerá usted tan generosa y valientemente cuando haya meditado un poco.

—¡No tengo nada que meditar!

—Espere, doctor Durk. ¿No ha pensado que si «ellos», nuestros enemigos, lograron modificar el curso de la historia viajando por la cuarta dimensión, guardarán celosamente esa dimensión, para impedir que nadie pueda deshacer su obra?

—¿Qué quiere usted decir?

—Que se trata de una misión peligrosa y que los hombres que descubrieron, antes que yo, la posibilidad de viajar por la cuarta dimensión, habrán establecido una estrecha vigilancia para impedir que nadie pueda descubrir lo que hicieron y, en todo caso, modificar la anormalidad que hicieron, volviendo por su recto camino a la Historia.

Durk le miró, decidido.

—¡No importa! No irá usted a permitir que ellos se salgan con la suya, ¿verdad?

—¿Está usted dispuesto a ayudarme?

—Por completo.

* * *

William tuvo que morder el freno de la impaciencia durante aquella larga semana que tardó en curar la mano del profesor. Pero en el fondo había recobrado la tranquilidad, al darse cuenta de que la anormalidad que había observado en aquel mundo de locos era, función de un trastorno que «alguien» había realizado en el curso del pasado.

¿Quién podría haber sido el autor de aquel ATENTADO EN EL TIEMPO?

Aquella pregunta era una de las que hubiese deseado contestar en aquel mismo momento.

Cuando el profesor Snak estuvo completamente restablecido, llevó al joven al sótano de la casa, donde, con un gesto de orgullo, le mostró su «máquina del tiempo».

El sillón metálico —al estilo del de las barberías— decepcionó, a William, que esperaba algo monumental y fantástico.

Elmer debió de leer los pensamientos de su amigo.

—Menos importante de lo que esperaba, ¿verdad?

—Sí, señor. Francamente, esperaba otra cosa.

—No haga caso de la sencillez del aparato, Durk. Lo fundamental es su funcionamiento.

—¿Y ese sillón?

—Es la más cómoda manera de establecer la posición del cuerpo humano, para lanzarlo a la cuarta dimensión. ¿Ve usted aquel casco?

—Sí.

—Se coloca sobre la cabeza del «viajero del tiempo». Una fuerte corriente electromagnética modifica la estructura molecular del cuerpo, haciendo nulas las tres dimensiones. Es entonces cuando el organismo penetra directamente en la cuarta dimensión. Entonces, gracias a aquel pequeño aparato que hay a la izquierda, impulso al «viajero» hacia la época que deseo visite.

—¿Y la vuelta?

—El regreso depende solamente de la voluntad del que viaja por el tiempo. Aquel cinturón que hay allí colgado lleva, como puede usted ver, junto a la hebilla un dispositivo, que, una vez conectado, rompe la armonía molecular lograda gracias al electromagnetismo. Así, el individuo regresa, instantáneamente, al sillón.

—Perfectamente. ¿Cuándo vamos a realizar la primera experiencia?

—Muy pronto, ya que usted está dispuesto a ayudarme.

—Ya se lo he dicho, profesor. Puede contar conmigo.

—Gracias. Lo que necesitamos ahora es concretar el lugar del primer viaje. En eso, usted puede ayudarme mucho, gracias a que «recuerda» los acontecimientos de una manera distinta a como yo

los conozco. Es usted, seguramente, una de las pocas personas en este mundo capaces de reconstruir la historia TAL Y COMO SE PRODUJO NATURALMENTE.

—¿Es eso tan importante?

—¡Importantísimo! Por eso ha de ser usted quien fije la época a la que va a realizar el primer viaje; aunque, en realidad, no sabemos en qué época fue modificado el curso de la historia.

—¡En el curso de la Segunda Guerra Mundial!

—No esté usted tan seguro, Durk. Si así fuera, nuestro cometido sería sencillísimo. Pero me temo que la cosa sea mucho más complicada. Nuestros enemigos no son tontos y han de pensar en que, más tarde o más temprano, alguien podría inventar una máquina del tiempo e investigar en el pasado. No, amigo mío, ellos habrán montado algo mucho más complejo y es más que posible que la causa del trastorno histórico que produjeron esté en la Historia mucho más lejos de lo que nosotros pensamos.

Hubo un corto silencio.

—De todas formas —prosiguió diciendo Snak—, nuestro primer viaje deberá realizarse a una época relativamente reciente. Creo que 1943 será un año en el que usted podrá estudiar los cambios bruscos que el atentado en el tiempo produjo.

—Como usted diga.

—Naturalmente, necesitamos ropa para que usted pase desapercibido en el ambiente donde va a ir a parar. Un buen uniforme de jefe nazi le vendría maravillosamente bien. Ordenaré a Betty que lo confeccione, es una estupenda costurera. Irá a comprar tela a la ciudad y lo hará lo más rápidamente posible. Respecto al modelo, tenemos la enciclopedia que podrá darnos, exactamente, los modelos de los uniformes alemanes utilizados en aquella época, sin que falte ningún detalle.

—Quiero advertirle que hablo el alemán con muchísima dificultad.

—No se preocupe. Inventé un traductor minúsculo, que utiliza unas ondas especiales y que es, en realidad, un aparato de tipo telepático, Usted no tendrá más que mover los labios, sin hablar. Su interlocutor le comprenderá perfectamente. Y usted, a su vez, leerá su pensamiento como si leyese un libro abierto.

—¡Ha pensado usted en todo!

—Llevo muchísimos años detrás de este proyecto, hijo mío. Yo tampoco soy fuerte en lenguas y no he podido lograr hablar ninguna de las extranjeras sin acento. Por eso, como pensaba ser yo personalmente quien utilizase mi máquina del tiempo…

—¡Es estupendo! Lo malo será cuando tengamos necesidad de retroceder hacia épocas más remotas.

—Será igual. Mi «traductor telepático» servirá siempre.

Betty demostró ser evidentemente una modista de primera categoría. Pero, para Durk, aquellos tres o cuatro días que precedieron a su primer viaje, estuvieron llenos de alegría, ya que no se separó casi en absoluto de la joven.

Por otra parte, el profesor no salía del laboratorio, donde repasaba y ultimaba los cálculos para preparar el primer «lanzamiento» de su joven y valiente amigo.

—¡Pensar que quemamos un uniforme y que hemos de hacer otro, más odioso aún!

Ella sonrió.

—Así son las cosas, doctor.

—¿Hasta cuándo va a llamarme así?

—¿Cómo quiere que lo haga entonces?

—Llámeme Durk o William. A mí me gustaría poder llamarla Betty, simplemente.

—Puede hacerlo… Durk.

—¡Así me gusta!

Y después de una pausa:

—He estado pensando, durante todas estas noches, que bien podría traerle algún regalito de esas fantásticas épocas que voy a visitar.

—Estoy muy preocupada, Durk.

—¿Por qué?

—Porque toma usted demasiado en broma una misión qué, según papá, es peligrosísima. No me gusta nada todo esto.

—A mí, francamente, sí. Es una posibilidad con la que no había soñado jamás… ¡Viajar en el tiempo! ¡Poder conocer, personalmente, épocas que pasaron para siempre!

—Olvida los peligros, amigo mío.

—No. No olvido los peligros, como no olvido ni un solo instante el motivo de estos viajes. Millones de seres humanos han caído en la

peor de las esclavitudes. Alguien, sirviéndose de los adelantos de una ciencia, ha robado una victoria a los países amantes de la paz. ¿No es bastante para, ofrecerse, una y mil veces, si fuera necesario? ¿Piensa usted en lo que podría ser el mundo, si la Historia no hubiese sido alevosamente adulterada?

—¿Qué sé yo?

—¡Yo sí que lo sé! Tuve la suerte de estar fuera de la maléfica influencia, cuando ellos lo cambiaron todo. Y gracias a los recuerdos, puedo decirle, afirmarle, Betty, que la vida, ANTES DEL ATENTADO EN EL TIEMPO, era incomparablemente hermosa… ¡Cuánto me hubiese gustado conocerla entonces!

—¿Era usted… tan feliz?

—Sí, lo era. Lo era, a pesar de que el trabajo me absorbía la mayor parte del tiempo.

—Yo no puedo recordar nada de eso.

—Porque, como ocurrió con todos los demás seres de la Tierra, su memoria se borró, al serle impuestos los nuevos recuerdos. Fue, en realidad, como si su vida se truncase, lanzándose a otra que no había existido y que no debiera haberse producido…

—¡Es para volverse loca!

—Eso fue lo que me ocurrió a mí, cuando desperté en el hospital de Los Ángeles. ¿Comprende, imagina mi extrañeza al encontrarme en otro mundo, tan distinto al que yo había dejado días antes?

La llegada del profesor cortó aquella conversación.

—¿Cómo va ese uniforme, Betty?

—Ya está terminado, papá.

—Perfectamente. —Y volviéndose al joven dijo—: La máquina está dispuesta, amigo mío.

—Yo también estoy dispuesto.

—De acuerdo. Esta noche, a eso de las diez, le lanzaremos a usted hacia 1942, en Alemania. Procure abrir bien los ojos y comparar lo que vea con sus propios recuerdos. Serán éstos la única guía, el único norte que le ayudará a descubrir el «fraude».

—¿Qué he de hacer cuando lo descubra?

—Nada. Regresar aquí. Juntos, iremos estudiando la situación, hasta que hayamos logrado encontrar el MOMENTO de la historia del mundo, donde se realizó el ATENTADO EN EL TIEMPO.

Para los tres, aquellas horas estuvieron llenas de emoción y

nerviosismo.

Apenas si cambiaron algunas frases banales.

Cuando William se endosó el Uniforme de comandante alemán y salió de su habitación, Betty estaba en el comedor, sentada en uno de los sillones y mirando un punto invisible que debía de flotar sobre la pared de enfrente.

El profesor estaba ausente.

—¿Qué le parezco?

Ella se sobresaltó, volviéndose hacia él y mirándole con los ojos húmedos por las lágrimas.

—¿Llora usted? —se extrañó él.

—No es nada —repuso la joven, secándose apresuradamente los ojos—. Es un poco la emoción y el pensar en el peligro que puede usted correr.

—¿Tanto le importo, Betty?

Ella enrojeció; después, sonriendo, se acercó a él.

—Quiero darle algo que mi madre me dio y que le procurará suerte, William…

Y quitándose un anillo, se lo entregó.

Durk se lo puso en el meñique de la mano derecha.

—¡Betty!

Ella se dejó besar, tiernamente, sin oponer resistencia alguna. Los pasos del profesor, que subía las escaleras del laboratorio, los separaron; ambos sonreían cuando Elmer penetró en la estancia.

Miró a Durk.

—¡Fantástico, amigo! ¡Un verdadero nazi, de pies a cabeza! ¿Preparado?

—Vamos.

Betty prefirió quedarse allí.

Una vez en el sillón y con el casco colocado, William miró al profesor.

—Ya puede lanzarme, señor.

—¡Buena suerte, hijo mío!

Y oprimió el botón.

CAPÍTULO V



n realidad no experimentó ninguna sensación desagradable. Un simple zumbido de oídos, que no pasó de una sencilla y soportable molestia… y nada más.

Había cerrado los ojos por puro reflejo defensivo y al abrirlos después, instantáneamente, no vio nada. Fue un claxonazo violento, a su espalda, lo que le sobresaltó, despertándole por completo.

Se echó a un lado.

—¡Perdón, mi comandante; llevamos mucha prisa!

El camión, cargado se tropas, pasó junto a él. Un chiquillo, desde la acera, se rió sonoramente.

Y entonces, William miró alrededor suyo, no dando crédito a sus ojos.

¡BERLÍN!

El experimento había salido bien y él se hallaba, en aquellos instantes, en la Alemania eufórica de 1942…

Anduvo por las calles de la ciudad que había conocido, en 1952,

en un congreso médico. Y vio, con estupor, que los edificios destruidos estaban en pie, incólumes; que el arco de Brandeburgo seguía, en pie y que Berlín parecía haber resucitado de entre sus propias ruinas.

La gente circulaba por las calles, con la sonrisa que los últimos triunfos bélicos ponía en sus rostros.

Sin saber exactamente qué hacer, William se movió de un lado para otro, plenamente convencido de que no iba a lograr absolutamente nada. Pero, a pesar de su indecisión, gozaba de poder «visitar» aquella época pasada, que sólo había conocido a través de la información periodística de los Estados Unidos.

Hacia el atardecer, después de haberse procurado, en Intendencia, unos bonos para las comidas y el reposo, se disponía a alojarse en una de las «Casas del Soldado» cuando un rumor le hizo dirigirse hacia una de las plazas.

Una caravana de coches avanzaba perezosamente por la calzada, rodeada de motoristas uniformados.

Durk pudo ver que en uno de los soberbios «Mercedes», el que ocupaba el lugar central en la hilera, iba el ministro de Asuntos Exteriores germano von Ribbentrop, sonriendo a un personaje civil, cuya piel morena y cabellos negros y ondulados, demostraban su origen italiano.

Repasó febrilmente todos sus recuerdos, haciendo desfilar, por su mente, las imágenes de todos los directivos italianos, sin poder reconocer a aquel hombre que, sin embargo, parecía gozar de una popularidad extraordinaria.

—¡Es el profesor Donatello! —oyó decir cerca de él.

Tampoco aquel nombre le dijo nada.

Y, decidido a salir de dudas, siguió a la caravana hasta un soberbio edificio, donde se detuvo. El ministro alemán penetró en el recinto, no tardando en salir; pero, los centinelas que había en la puerta segaron las ilusiones del joven.

No se arredró por eso.

Dando la vuelta al edificio, no tardó en descubrir una cañería que ascendía directamente hacia la terraza. La resistencia de aquel tubo parecía buena; pero la calle estaba intensamente iluminada y era completamente imposible encaramarse sin llamar la atención de los que circulaban incesantemente por allí.

Durk estaba desesperado.

Sin saber exactamente por qué, estaba casi seguro de que aquel Donatello podía ser, por lo menos, una de las incógnitas, cuya resolución aclararía muchas cosas.

¿Donatello?

Jamás había oído aquel nombre, sino era el del célebre escultor florentino del siglo XV. Y la ausencia de un nombre así, en la historia contemporánea de las potencias del Eje, le hacía pensar en que aquel personaje podía ser, precisamente, el eslabón de la misteriosa cadena tras la que andaba.

El pitido prolongado de una sirena, seguido, casi inmediatamente, de un apagón general, le hizo casi lanzar un grito de alegría. Aquella alarma aérea llegaba justo en el momento en que la oscuridad le era tan necesaria.

La luz de los reflectores, que como descomunales pinceles barrían la negra superficie del cielo, no constituía un peligro para lo que deseaba hacer.

Así, sin demorarse un solo momento, corrió hacia la pared, iniciando la escalada hacia la azotea.

Como había previsto, el tubo de la cañería era resistente y no le fue extraordinariamente difícil llegar hasta lo alto, aunque las manos le doliesen intensamente.

Una vez en la azotea, se orientó, en medio de la oscuridad reinante, maldiciendo el no haberse provisto de una linterna, que tan buenos servicios le hubiese prestado en aquella ocasión.

Tanteando, logró encontrar la entrada, por una especie de buhardilla, en la que penetró silenciosamente, recordando entonces que llevaba dos cajas de cerillas. Encendió un fósforo y se encontró en un desván, hacia cuya puerta se dirigió, desembocando directamente en un pasillo, sumido en la misma oscuridad que el resto de la casa.

Sin embargo, al asomarse por la barandilla de una escalera, que encontró al final del pasillo, pudo ver que la planta inferior estaba iluminada, lo que demostraba que debían de haber cerrado celosamente las ventanas, impidiendo que la luz saliese al exterior.

Bajó, escalón por escalón, cuidándose de no hacer el menor ruido.

Otro pasillo, cuyas paredes estaban repletas de lujosos cuadros,

se extendía indefinidamente, profusamente iluminado y con el suelo cubierto por una gruesa y rojiza alfombra.

Había tantas y tantas puertas, que Durk se desesperó al pensar en las dificultades que se le presentarían hasta lograr encontrar la que ocultaba las habitaciones de aquel misterioso italiano.

De todas formas y dispuesto a aprovechar el tiempo que durase la alarma —se oían, lejanos y sordos, los cañonazos de los antiaéreos—, empezó a recorrer el pasillo, prestando oído ante cada una de las puertas.

Llegaba justamente al final de aquel corredor cuando, bruscamente, el hombre apareció ante él.

Era un teniente de rostro sombrío y faz desagradable. Indudablemente, debía de conocer a la totalidad del personal de la casa.

—¿Quién es usted y qué hace aquí?

William observó, no sin temor, la culata de la pistola que surgía de la funda negra que el teniente llevaba colgada del cinturón. Era un oficial de las S. S y sobre el negro uniforme, las insignias plateadas brillaban intensamente.

Durk no dudó más que un cortísimo espacio de tiempo.

Se lanzó, como una exhalación, con la cabeza baja, golpeando el pecho del otro que, con un gruñido de rabia, salió lanzado hacia atrás; pero, cogiendo al intruso por los brazos, en última instancia, lo arrastró consigo y ambos cayeron, rodando por el suelo que, afortunadamente cubierto por la espesa alfombra, ahogó el estrépito de la lucha.

El otro, que se había recuperado velozmente del golpe recibido, cerró sus fuertes manos alrededor de la garganta de William, empezando a asfixiarle lentamente.

Por un momento, enloquecido por la falta de aíre, Durk estuvo a punto de buscar, con sus manos libres, el botón del cinturón y desaparecer de allí; pero, en lo hondo de su espíritu llegó a la conclusión de que no podía abandonar cobardemente la lucha y, en un momento propicio, hundió los pulgares en las regiones carotideas del alemán que, casi enseguida, disminuyó la presión de sus manos, permitiendo a su enemigo absorber una bocanada de aire, que le devolvió la vida.

William siguió apretando con rabia.

Lo hizo hasta que el cuerpo del otro se sacudió, violentamente, con convulsiones que terminaron bruscamente.

Se levantó sudoroso.

No hacía falta auscultar al otro; Durk estaba seguro de que le había matado, al producirle una anemia prolongada del cerebro.

Respiró sonoramente; pero, de repente, se horrorizó y mirando el cuerpo del germano retrocedió hasta tropezar de espaldas con la pared.

Tuvo un horrible pensamiento.

¡Había matado a un hombre que hasta podía ser que ya estuviese muerto! ¿Cómo se podía comprender aquello? Y si, por el contrario, en la fecha actual, 1958, aquel hombre estaba vivo… ¿sobreviviría después de que él, en aquel momento, lo hubiese matado dieciséis años antes?

Era para volverse loco.

Por fortuna, el recuerdo de la misión que le había llevado al pasado, le hizo olvidar todas sus preocupaciones y dispuesto a que no descubriesen el cadáver de aquel hombre, lo ocultó al fondo del pasillo, arrastrándolo penosamente y desposeyéndolo de la pistola, que se colgó en el cinto en previsión de lo que podía ocurrirle.

Fue entonces, estando colocándose la funda, en su propio cinturón, cuando la sirena tornó a aullar, haciéndole saber que la alarma había cesado.

Momentos más tarde, cuando había logrado penetrar en una estancia, cuya puerta estaba entreabierta y que se trataba de un amplio y elegante salón, oyó venir desde fuera el ruido de una serie de vehículos que frenaban ante la puerta.

No temió abrir uno de los balcones y echar una ojeada hacia la calle. Los coches, en efecto, se habían detenido abajo, rodeados, como siempre, por un grupo de motoristas uniformados. De los coches, cuyas puertas abrían policías y porteros, descendían hombres, los unos de paisano, los otros en uniforme, que se adentraban por el amplio portalón de la casa.

William retrocedió vivamente.

¡La suerte le favorecía!

Era indudable que la alarma había interrumpido, por el momento, la visita de todos aquellos gerifaltes que iban a rendir pleitesía al tal Donatello, cuya personalidad le parecía cada vez más

importante.

Seguro de que la reunión se haría en la planta inferior, bajó por la escalera, viendo, antes de descenderla totalmente, que unos hombres abrían de par en par las puertas de un salón, que daba a un vestíbulo elegantísimo y profusamente iluminado.

Una pequeña puerta, a su lado, le llamó la atención y cuando la hubo cerrado tras él, se dio cuenta de que se había introducido en la cabina de proyección del salón. Ante él se levantaba una máquina de cine del tipo más moderno que conocía, ya que la técnica alemana había dado pruebas de un desarrollo formidable en aquélla y otras industrias.

Los orificios de proyección y de control eran unos observatorios maravillosos y desde ellos pudo William lanzar una ojeada al salón, donde todos los visitantes iban sentándose en las butacas. Allá, en el escenario, alguien había colocado una mesita, con el clásico vaso de agua.

Instantes más tarde, al tiempo que todos los presentes se ponían en pie, una ovación cerrada le hizo mirar hacia la entrada del salón, por donde, en aquel momento y acompañado del ministro, penetraba el hombre moreno que aquella misma tarde había visto en el coche.

¡Allí estaba nuevamente el misterioso Donatello!

El italiano subió al estrado, seguido de altas personalidades, que tomaron asiento en los sitiales colocados a ambos lados del orador. Después de permanecer en silencio, con las manos apoyadas en la mesa, Donatello, que había lanzado una mirada a los presentes, carraspeó, empezando a hablar:

—«Señores: Ha sido para mí un verdadero honor ser el representante que el Duce ha enviado especialmente al pueblo amigo de Alemania, portador de buenas nuevas, de excelentes noticias que, no dudo un solo instante, causarán estupor, extrañeza y, finalmente, un delirante entusiasmo.

»Pero el mayor honor para mí es el de estar ahora mismo rodeado de los hombres más preclaros de la ciencia germana y, por deducción, de la ciencia mundial. Al reconocer vuestros rostros, experimento una profunda emoción, ya que muchos de vuestros nombres emocionaron ya mis años mozos cuando, en la Universidad de Bolonia, no era más que un mozalbete estudiante, que se

maravillaba ante las proezas que, dentro del campo de la Física habíais realizado ya…

»Hoy os traigo —¡y con cuánta alegría!— mi modesto mensaje, que deseo os sea de tanta utilidad como mis compañeros de Italia y las autoridades creen. No han sido largas ni penosas mis investigaciones; pero, de todas maneras, aquí tenéis, a la disposición del gran pueblo alemán, el último descubrimiento de la ciencia italiana… ¡LA BOMBA ATÓMICA!

En su escondrijo, Durk se estremeció, de pies a cabeza.

¡Había hallado la primera pista!

Porque ni el más iletrado de los colegiales del mundo moderno ignoraban, en el mundo normal que él había conocido, que la bomba atómica había sido ensayada en los Estados Unidos y descubierta, por vez primera, por un grupo de sabios anglosajones.

Entonces…

Poco tiempo tuvo para pensar. Un hombre, que se hallaba junto al italiano, lanzó un grito y todos se pusieron en pie, con el brazo extendido. Después, cuando el silencio volvió a planear sobre la estancia, Donatello dijo:

—Italia desea, para el futuro, ciertas seguridades territoriales, en pago a la poderosa arma que coloca en las manos de sus hermanos los alemanes. El control totalitario de toda África y el reparto de las colonias del Imperio Británico.

Hubo discusiones, largas conferencias sobre detalles que ya no importaban a William y éste, convencido de que había encontrado el verdadero camino, salió silenciosamente de la cabina, ascendiendo por la escalera. Luego, al pensar que ya no podría descolgarse por la cañería que le había servido para penetrar en el edificio, optó por intentar la salida por la puerta principal:

Descendía la escalera cuando fue visto.

—¡Alto!

Echó a correr.

Una ráfaga silbó en el aire y las balas aullaron al golpear las paredes de piedra.

William seguía corriendo, cuando un grupo de S. S. surgió ante él, con las armas dispuestas.

—¡Alto!

Tenía la frente empapada en sudor y su corazón empezó a latir

locamente cuando vio que los hombres de enfrente se echaban las armas al rostro. En aquel momento, recordó el cinturón que llevaba y oprimió salvajemente el botón.

Sintió un zumbido de oídos, que le pareció la mejor de las músicas…

* * *

Al abrir los ojos, vio el rostro de Betty cerca del suyo. Una sonrisa ornaba los labios de la joven.

—¡Querido!

La mano de ella acarició los cabellos del joven y él, a su vez, le sonrió.

—¿Y tu padre?

—Duerme. ¿Sabes qué hora es?

—Lo ignoro.

—Las tres de la madrugada.

Durk se puso en pie, cogiendo a la muchacha por la cintura.

—¿Y qué hacías tú a estas horas en el laboratorio?

—Papá estableció un turno, de forma que él o yo estuviésemos aquí cuando tú regresases. Acababa de adormecerme cuando, repentinamente, abrí los ojos, viéndote aparecer en el sillón, surgir de la nada, como una misteriosa aparición…

—Sí. Todo esto es un poco fantástico, en efecto.

—¿Pasaste algún peligro?

Él sonrió, dispuesto a ocultarle sus cuitas.

—No-mintió —todo fue estupendamente. Creo que he encontrado lo que buscábamos.

—¿Tan pronto?

—Sí. Hasta me parece haberlo soñado: tan descomunalmente fantástico era… ¡Imagínate, Italia el país que descubrió la bomba atómica!

—Eso ya lo sabía —fue la sorprendente respuesta de la joven.

—¿Eh? —inquirió William, con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¡Claro! ¿Es que no has leído la Enciclopedia? En ella se dice que fue un profesor italiano, un tal Donatello, quien descubrió y fabricó las primeras bombas nucleares.

—¡Eso sí que es bueno! ¿Por qué no lo dijiste? —inquirió él, ya que se habría ahorrado los angustiosos momentos por los que había pasado.

—Yo no sabía lo que buscabas —confesó ella.

—Es igual.

Subieron a la casa y la muchacha preparó un excelente desayuno para los dos. Tres horas más tarde, cuando habían hablado y proyectado infinitas cosas, el profesor apareció en el umbral de la puerta.

—¡Durk! ¿Desde cuándo está usted aquí?

—Desde hace unas horas, profesor…

—¿Y cómo no me han llamado antes?

—Hay tiempo para todo, profesor. Ahora, con su permiso, vamos a desayunar… ¡Esos viajes por el tiempo abren extraordinariamente el apetito!

CAPÍTULO VI



ómo es posible que Betty supiese que Donatello fue el supuesto inventor de la bomba atómica? —inquirió Durk, después de haber relatado su viaje.

—Es natural. Todo el mundo lo sabe. La Enciclopedia publicada después de la guerra hace mención a ese dato. Pero, de todas formas, yo deseaba que usted comprobase la realidad de ese hecho. Los alemanes hubieran podido falsear los hechos…

—Comprendo.

—Lo importante es saber que Donatello fue una realidad. Y ahora, estando seguros de que ese hombre no descubrió ni inventó nada, podemos seguir investigando…

—¿Qué quiere usted decir?

—Que, según los datos que USTED RECUERDA y los que he podido ir reuniendo, ese Donatello aparece, SÚBITA E INESPERADAMENTE en la Historia. Lo que demuestra, evidentemente, que AHÍ ESTÁ EL FALLO. En ese preciso instante, LLEGA JUSTAMENTE LA ÚLTIMA FASE DEL

ATENTADO EN EL TIEMPO.

—¿Cómo la última fase?

—Es evidente. Alguien ha debido de proporcionarle a Donatello las fórmulas y los detalles de fabricación de la bomba atómica. Pero, de todas formas, quiero que comprenda que ese secreto de fabricación fue entregado a Donatello DESPUÉS DE QUE LOS AMERICANOS INVENTASEN LA BOMBA Y LA EMPLEASEN PARA GANAR LA GUERRA.

—¡Me da vueltas la cabeza! —exclamó Betty, sonriendo.

—Lo comprendo, hija mía. La idea del ATENTADO EN EL TIEMPO debió de surgir DESPUÉS DE LA GUERRA, cuando alguien logró fabricar la primera máquina para viajar en el tiempo. Naturalmente, no podían modificar la historia de una manera sencilla. La posibilidad de que alguien, que no fuesen ellos, inventase una máquina del tiempo, les hizo ser precavidos y así, para estar más seguros de que su fabulosa trampa no sería fácilmente descubierta, urdieron el cambio histórico en una época que nos es completamente desconocida.

—¿Qué papel juega, entonces, ese Donatello?

—Es un transmisor directo de algo que le fue legado indudablemente. La entrega del secreto atómico debió de hacerse mucho antes.

—¿Cómo? ¿Intenta usted hacerme creer que las fórmulas de la bomba atómica estuvieron en poder de hombres que desconocían, inclusive, la estructura del átomo?

—Eso mismo. Voy a explicárselo para que lo entienda de una vez. Cuando ese alguien inventó la máquina del tiempo y aprendió a usarla, se dio cuenta de que tenía la Historia del mundo en sus manos. Indudablemente, se trataba de un hombre que pertenecía a uno de los países que habían sido derrotados en la última guerra. El espíritu de desquite vivía en él, aliado del odio, del despecho y del deseo de venganza…

»Urdió entonces el ATENTADO EN EL TIEMPO. Para ello, debía ser precavido y retrocedió a una época pasada; pero antes, ya en nuestra época, se apoderó de las fórmulas de fabricación de la bomba atómica. Nada más fácil, pues cualquier sabio sería hoy capaz de escribirlas en un par de horas de trabajo.

»Una vez con las fórmulas y los detalles de fabricación,

indudablemente más perfectos que los que los Estados Unidos poseían en 1945, viajó hacia el pasado… ¿Hasta dónde? Eso es lo que ignoramos.

»Lo que podemos asegurar, sin temor a equivocamos, es QUE ENTREGÓ LAS FÓRMULAS A UN HOMBRE DEL PASADO, ordenándole, de cualquier forma, que las transmitiese a sus sucesores, como un secreto precioso. Aquel hombre no entendió nada de lo que había en el escrito; pero, indudablemente recompensado espléndidamente por el viajero del tiempo, cumplió su encargo y el documento atravesó los siglos, hasta llegar a las manos del físico Donatello que, al leerlo, comprendió la tremenda importancia de su contenido.

»Entonces, ocurrió lo que ya sabemos. Donatello entregó las fórmulas a los alemanes y éstos ganaron la guerra, bombardeando las ciudades aliadas y logrando, por el terror, una rendición incondicional. ¿Lo ha entendido ahora, Durk?

—Sí; pero hay algo que no consigo «digerir».

—Usted dirá.

—Acaba de decir, profesor, que el DOCUMENTO ATRAVESÓ LOS SIGLOS, hasta llegar a 1942, en que Donatello entrega el secreto de la bomba atómica a los alemanes. ¿Y todo ese tiempo, señor? ¿Todos esos incontables años?

El profesor sonrió.

—Sigue usted, doctor, a pesar de todo, considerando el tiempo como lo haría un niño de seis años. El tiempo, cuando se viaja por él; es decir, cuando se ha conseguido moverse por la cuarta dimensión, SE CONTRAE INSTANTÁNEAMENTE. Esto quiera decir que cuando ese hombre, después de entregar el secreto de la bomba a su lejano predecesor, regresó A LA ACTUALIDAD, el curso de la historia estaba ya definitivamente cambiado y él se encontró, en su época, con todo cambiado: Alemania victoriosa y él ocupando con toda seguridad una sinecura envidiable.

—Ahora ya lo he comprendido.

—Igual ocurriría si nosotros tuviésemos la suerte de modificar y destruir el resultado del ATENTADO EN EL TIEMPO. Una vez hecho, cuando usted regresase aquí, se encontraría con el mundo tal y como debía haber seguido siendo.

—¡Es fantástico!

—Ahora debemos prepararnos para el próximo viaje.

Consultaremos algunos detalles sobre ello; aunque ya creo haber encontrado el lugar histórico donde podremos encontrar, si es posible, la raíz de todo este horrible atentado.

* * *

Sonó el teléfono tres veces antes de que la mano gordezuela de Erik atrapase, como una monumental araña, el aparato.

—*¿Ya?*

—Aquí, Hans.

—¿Qué ocurre?

—Algo grave. El cadáver de un hombre, es decir, el esqueleto de un hombre ha sido hallado por un vigilante, en el palacio donde vivió Donatello.

—¿Y eso qué importa?

—Debías venir inmediatamente, Erik. Creo que, por el contrario, es demasiado importante para no echar una rápida ojeada y llegar a las peores conclusiones.

Hubo un corto silencio.

—¿Dónde estás, Hans?

—En el palacio. Te telefoneo desde aquí. Nadie ha tocado nada. Por fortuna, el conserje me avisó, siguiendo una orden que di hace muchísimo tiempo.

—Está bien. Ahora mismo voy.

Diez minutos más tarde, el poderoso coche de Erik Tussen se detenía ante el portalón del palacio. Hans le esperaba en la escalinata.

—Vamos —dijo secamente el primero.

Iba sobria y elegantemente vestido. En realidad, fuera de los círculos oficiales del poderoso Reich alemán, poca gente conocía a Erik Tussen. Sin embargo, era uno de los hombres más ricos del mundo y sus órdenes eran obedecidas hasta en los círculos más altos, sin ninguna duda.

Se detuvo, junto a su acompañante, al lado de un esqueleto que yacía en medio del pasillo, junto a un rincón que lo había ocultado de la vista general, pero no de la inspección del conserje, que estaba allí, con los ojos muy abiertos y un temblor extraño en las manos.

—¿Cuándo apareció esto?

—Hace una hora, señor —repuso.

El pie de Erik golpeó los huesos, sobre los que había en ciertos sitios, una apergaminada capa de piel, y, volviéndose a Hans, preguntó:

—¿Qué piensas de todo esto?

—Está claro, Erik.

Y dirigiéndose hacia el conserje:

—Ya puedes irte, muchacho.

—Está bien, señor —contestó el otro, sinceramente aliviado de abandonar aquel tétrico y desagradable lugar.

—Entonces… —insistió Erik.

—Le he quitado la chapa de identificación que tenía en la muñeca. Se trata de Otto Eweis, teniente de S. S. en 1942.

—También he llamado a un médico forense. Ha determinado, con toda seguridad, que este hombre murió en 1942.

—¿Qué más?

—Pues que el comandante Eweis, Otto (ahora era ya comandante, retirado), estuvo ayer celebrando una fiesta con sus antiguos compañeros de armas y que desapareció bruscamente, sin que ninguno de ellos pudiese hallarle.

Y como el otro guardase silencio, un pesado e intranquilo silencio, dijo:

—Puedes sacar deducciones tú mismo: Otto Eweis festejaba con sus compañeros antes de ayer y Otto Eweis murió estrangulado en 1942. ¿Entendido?

El otro asintió con la cabeza.

—Sí. Alguien está viajando en el tiempo.

—¿Lo esperabas?

—Francamente no. Creí que, tarde o temprano, alguien lo haría; pero de una manera simple, sin meterse a investigar el cambio que realicé en este mismo año. ¿Cómo han podido enterarse tan aprisa? ¡Me parece imposible!

—Algo ha fallado.

—No me explico qué. Al realizar el cambio histórico todos los hombres, excepto tú, que viajaban por el tiempo y yo, que estaba protegido por el otro par de cascos de la máquina del tiempo, olvidaron los hechos pasados y penetraron, bruscamente, en la nueva historia que habíamos fabricado, sin poder recordar nada de

la otra…

—Pues ha tenido que haber alguien que…

—¡No lo comprendo!

—Sin embargo, este esqueleto es una prueba que habla por sí misma.

—Sí, ya lo sé.

Hubo una larga pausa.

Los ojos de Erik, semientornados, brillaban intensamente, con una luz cuyos reflejos acerados hicieron temblar al otro.

—¿Qué vamos a hacer? —inquirió Hans.

—Lo que debemos hacer. Hasta ahora, por lo visto, no han encontrado más que el primer eslabón de la cadena. Todavía no saben qué camino seguir, ya que tuvimos buen cuidado en camuflar el ATENTADO EN EL TIEMPO en una época que difícilmente encontrarán, al menos antes de que nosotros hayamos establecido la vigilancia necesaria para impedirlo.

Miró fijamente a su compañero.

—Debes prepararte, Hans.

—¿Yo?

—¿Quién si no? Ya sé que es un trabajo pesado; pero ¿te imaginas lo que nos esperaría si esos que han inventado otra máquina del tiempo lograsen lo que te propones? Hace poco, antes de que cambiásemos el curso de la Historia, no éramos más que dos desdichados de la zona soviética de Berlín. Habíamos padecido hambre, necesidad y no hacía mucho tiempo que habíamos salido de los campos de concentración. Tú pasaste ocho años en Siberia…

—¡No me lo recuerdes!

—Éramos pobres, desdichados y no se nos ofrecía, en la vida, más que la continuación de una miseria que nos rodeaba por todas partes. Yo, antiguo director de la Universidad de Física de Múnich, profesor «*honoris causa*» de casi todas las Universidades del Mundo, iba vestido de harapos, mendigaba un trozo de pan y, en tu compañía, hurgaba en los basureros del Berlín oriental, buscando algo para calmar el hambre y poder proseguir nuestros trabajos, escondidos entre las ruinas de un viejo edificio, sobre la máquina del tiempo.

»¿Has olvidado todo eso, Hans? ¿Es posible que no recuerdes los dolores, los sufrimientos y las privaciones? En cuanto cambiamos la

Historia nos presentamos al Gobierno del Tercer Reich y les explicamos claramente lo que había pasado. Ellos no nos creían y hasta nos tomaron por locos; pero, tampoco debes haberlo olvidado, el más reacio de todos viajó en tu compañía por el pasado. Y cuando volvió fue el primero en defendernos…

»Vinieron después las aclamaciones, los premios, las dádivas. Nos fueron rendidos todos los honores y fuimos mimados como personajes de leyenda. Hoy, Hans, eres poderoso, tienes tierras, castillos y propiedades en las cinco partes del mundo… ¿Quieres perderlo todo?

—¡No!

—Pues hay que salir al paso de esos desconocidos que han empezado a viajar en el tiempo. Hay que destruir a ese viajero que inicia la investigación de nuestra obra. Es una guerra, Hans; un horrible combate, que es necesario librar para nuestra propia seguridad.

—Y… ¿cómo hacerlo?

—Sencillamente. Sabemos, mejor que ellos, el próximo paso que darán y en qué época enviarán a su viajero. Ya sabes, además, que nadie puede matar a un hombre que se mueve en la cuarta dimensión. Es invulnerable, PORQUE ESTA FUERA DE SU TIEMPO; ninguna clase de arma puede dañarle; pero sólo hay una manera de destruirle: tú puedes hacerlo.

—¿Cómo?

—Ya sabes que un viajero del tiempo puede matar a otro. Ambos se hallan en idénticas condiciones y es como si se encontrasen en su propia época. ¡Tienes que matar a ese hombre, Hans! ¡Es necesario hacerlo!

—Está bien; lo mataré.

Guardaron silencio durante un rato.

—¿Y este esqueleto?

—Lo haremos desaparecer. Nadie debe saber nada. Si los que hoy nos protegen supiesen el peligro tremendo que se cierne sobre ellos, reaccionarían negativamente y todo se vendría abajo. Esta lucha debemos llevarla nosotros; nosotros solos.

—Comprendo.

Después de recoger los restos de Otto abandonaron el palacio en el coche de Erik, yendo directamente al laboratorio monumental

que éste tenía en las afueras de la ciudad.

Enterraron el esqueleto en el jardín; después, silenciosamente, se dirigieron al laboratorio.

—¿He de volver a Roma? —inquirió Hans, sin poder evitar un estremecimiento.

—No, no es necesario. Ellos ignoran eso. —Y sonriendo—: ¿Lo pasaste tan mal?

—Fue horrible. Recuerda que estuve a punto de morir.

El otro lanzó una carcajada.

—¡Fuiste tonto! Olvidaste que la muerte no es posible cuando te mueves por la cuarta dimensión.

—Sí, es verdad: lo olvidé; pero, de todos modos, pasé mucho miedo. ¡No puedes imaginarte qué época tan espantosa!

—He leído la Historia…

—¡No es lo mismo! Jamás podrías concebir la realidad sin conocerla, como yo la conocí. Aquellas tortuosas calles, aquella gente sucia, ignorante, bestial.

—Olvida todo eso. Vas a viajar a otra época más reciente y mucho más interesante: ¡la Venecia del siglo XIII!

—¿La Edad Media?

—Sí. Ellos, sin duda alguna, Querrán seguir la huella del Donatello del siglo XX. Y no andan descaminados, ya que un primo del célebre escultor, un tal Luigi, fue el hombre que recibió los documentos que tú entregaste en la Roma antigua.

—¿Y por qué quieren visitar a ese Luigi Donatello?

—Para investigar sobre su pasado y recorrerlo. Por desgracia para nosotros, si consiguen entrevistarse con él, podrán deducir, fácilmente, el origen del manuscrito que entregaste a Lucio Silvio…

—¿Por qué?

—Porque el documento le fue legado, directamente por Lucio, a Luigi, que abrió una ánfora romana que tenía en su palacio de Florencia. Él recordará perfectamente este hecho, que le hizo poderoso y rico, por lo que tú sabes y entonces ellos podrán descubrir el último eslabón, dirigiéndose a la Roma de Nerón; cosa que hay que impedir, sea como sea.

—Comprendo.

—Prepárate entonces. ¡Y mátalo sin compasión! Recuerda el horrible pasado, que puede volver, si no evitamos la catástrofe que

se cierne sobre nosotros…

Capítulo VII


stoy seguro —dijo él— qué cogí la pistola de aquel oficial de las S. S.

Ella iba de su brazo por el descuidado jardín de la casa. A lo lejos, de vez en cuando, se oía el rumor de un vehículo que pasaba por la autopista, rumbo al sur.

—Papá dijo que ningún objeto del pasado puede ser traído al presente. Va en contra de la ley de la cuarta dimensión.

Él lanzó un profundo suspiro.

—¡Qué harto estoy de todo esto! Si no fuese por nosotros, por todo lo que puede esperarnos, en un nuevo y lógico futuro…

—¿Por qué no lo dejas, William? Podemos ser felices aquí, ya que nos queremos.

Durk movió la cabeza negativamente.

—No puede ser, Betty querida. No podemos ser egoístas, amor mío. Hay muchos que, sin saberlo, ansían que la vida vuelva a ser lo que era.

El profesor se acercó a ellos.

—Todo está preparado. Ya he precisado, gracias a los datos de la Enciclopedia, la época a la que irá, usted, Durk.

El joven sonrió.

—¿Puede saberse hacia dónde me envía usted ahora, profesor?

—A la Edad Media, amigo mío. A la Venecia del siglo XIII. Me interesa saber qué miembro de la familia Donatello recibió un legado importante y de quién le vino. No creo que tengamos que hacer muchos viajes para deshacer lo que hicieron esos criminales.

Betty apretó con mayor fuerza el brazo de William.

—¿Tendrás mucho cuidado, querido?

—No te preocupes.

Juntos regresaron al laboratorio, y el joven, después de besar a Betty —el profesor conocía y aceptaba sus relaciones— se sentó en el sillón de la máquina del tiempo.

Y de nuevo le zumbaron los oídos…

* * *

Al abrir los ojos, Durk creyó soñar. Estaba apoyado en un muro, no lejos de una puerta claveteada; pero ni los edificios ni uno de los canales, que discurría a sus pies, le llamó la atención tanto como la gente que pasaba junto a él o al otro lado del curso del agua.

Todos le miraban curiosamente.

Por fortuna, aquélla, gente debió de tomarle por un soldado extranjero, ya que, de mutuo acuerdo con el profesor, había vuelto a endosarse el uniforme alemán que podía, en todo caso, pasar mucho más desapercibido que un traje cualquiera del siglo XX.

Los faroles, que llameaban, lanzando una luz mortecina y verdosa, disimulaban su figura, y los transeúntes, con jubón de colores variados y largos cabellos, todos ellos armados de espadas y dagas, pasaban sin detenerse, aunque se leía la curiosidad y el estupor en sus rostros.

William escogió una de las callejuelas, la más oscura, avanzando por ella hasta detenerse en un mesón, ante cuya puerta, como enseña visible, se movía, pendiendo de un gancho, un enorme jamón de madera, preciosamente imitado y pintado de vivos colores. Después de echar una ojeada al interior, comprobando que

sólo había un hombre, que dormía con el cuerpo apoyado sobre la mesa, William penetró en el mesón, acercándose al mostrador, donde un hombre viejo dormitaba con los codos apoyados sobre el cinc.

Al oír los pasos del visitante se desperezó, restregándose fuertemente los ojos, en los que se pintó el asombro que le causaba el atuendo extraordinario del extranjero.

—¿Qué deseáis? —inquirió.

—Vengo de muy lejos —dijo Durk— y pertenezco al Ejército de Dinamarca…

—¿Dónde está eso?

—Muy al norte —se limitó a decir el joven—. Desearía cambiar mi atuendo por otras vestiduras que no llamasen tanto la atención.

El posadero describió un semicírculo alrededor del mostrador, hasta plantarse ante William, cuyas ropas empezó a acariciar, tanteándolas detalladamente.

—Creo que podremos arreglarnos —dijo—. No es que tenga ricos corpiños o jubones sedosos; pero tengo algo que os podrá convenir.

Poco después William estaba vestido con un traje viejo, pero que le permitía moverse, sin llamar la atención, por las calles de la ciudad.

El posadero se fijó en el cinturón.

—Si no me pidieseis demasiado, os compraría ese cinturón.

—No lo vendo.

—¿Y ese hermoso brazalete que lleváis?

William sonrió al pensar que se trataba de su cronógrafo, del que nunca se había separado, y que era su verdadero orgullo.

—Tampoco lo vendo.

Logró, sin embargo, algunas monedas por un bolígrafo que maravilló al ignorante posadero.

Más tarde, después de haberse informado de la situación del palacio de los Donatello, no lejos del Gran Canal, partió hacia su destino, sin dejar de contemplar, ya amanecía, el abigarrado y curioso gentío con el que se cruzaba.

Se vio obligado a alquilar una góndola para atravesar el canal y notó, por la despectiva mirada que le dirigía el gondolero, que el posadero le había procurado ropas de villano, lo que no evitó que

sonriese para sus adentros.

Al otro lado del canal, después de desembarcar, cruzó una ancha plaza, viéndose atraído por el paso de los pocos carruajes que circulaban por los lugares de tierra firme de la ciudad y que, más que utilidad, eran muestra de lujo para los grandes y opulentos señores.

Un viejo trovador cantaba sus rimas en la plaza, y cuando hubo terminado de cantar y recoger las pobres monedas que los paseantes habían dejado caer a sus pies, Durk se le acercó, y dándole casi la totalidad del dinero que el posadero le había entregado:

—Tomad; me gustaron mucho vuestras trovas.

El otro guardó velozmente las monedas en su bolsa.

—¡Dios os premie ese oído excelso que os ha dado! ¿Quién se para hoy en Venecia a oír las pobres trovas de un juglar cuando hay fiesta y bestialidad en todos los palacios?

—¿A qué se debe todo eso?

El otro le miró inquisitivamente, y su aguda mirada se clavó en el cronógrafo de oro que asomaba por la muñeca del joven.

—¡No me podéis engañar, señor! Sois un noble hábilmente disfrazado de plebeyo…

Divertido, Durk asintió con la cabeza.

—Tenéis ojos de lince, en verdad. Pero ¿qué era lo que antes me decíais?

—Sois extranjero, ¿verdad?

—Sí. Llegué hace poco de muy lejos.

—Poco importa de dónde; se os nota en todo… ¡Hoy se consuma el último de los crímenes del voraz Donatello; el peor de todos, porque es un atentado contra el Amor!

—¿De qué se trata?

—De la boda forzada de ese monstruo con la bellísima Catalina de Venecia… ¡Todos, noble señor, la hemos cantado como la más hermosa de las hermosas!

—¿No es ese Donatello el célebre escultor?

—¿Qué decís? ¿Desde cuándo puede el arte asociarse a la malicia, al deshonor y a la bestialidad? Luigi Donatello no puede compararse con su hermano, hoy desterrado, un poco por su culpa. Luigi vivía en Florencia, como su hermano es escultor; pero Luigi no era conocido más que por sus malas artes, por sus canallescas

orgías… De repente y sin que nadie sepa cómo —hay quien afirma que recibió un regalo del Maldito—, se le vio cargado de riquezas, poderoso como un Médicis. Su crueldad, avivada por su poderío, salió del lecho, como un río embravecido, e hizo de su capricho la más horrenda de las leyes. Por eso, poderoso señor, impuso su mandato en Venecia, donde compró ese fabuloso palacio y exigió de los padres de Catalina una alianza matrimonial, bajo la amenaza de quemar sus casas y destripar a todos sus siervos y plebeyos.

—¡Qué bárbaro!

—Ya os lo dije, señor. Pero, por si fuese poco, dicen que ha traído de Florencia a un poderoso mago, capaz de, con un minúsculo bastón de hierro que lleva en la cintura, lanzar un rayo que mata a distancia, sin necesidad de arco ni flecha… ¡Ya os dije que ese Donatello tenía relaciones con el diablo!

—Tenéis razón. ¿Y ése es su palacio?

—Sí. Pero os aconsejo que no paséis esta noche por esta plaza. Sus «condottieros» estarán aquí, echando a patadas a los que se acerquen a los lujosos carruajes que aquí se agruparán. O, en el peor de los casos, cuando estén ebrios, acuchillarán a todos los desdichados que, ignorando lo que pasa, se atrevan a venir por estos malditos lugares.

Al dejar al trovador, Durk se alejó, profundamente preocupado, hacia uno de los rincones de la plaza.

¿Un mago que tenía un objeto que mataba a distancia?

Se puso de mal humor al pensar que podía haber preguntado al profesor Snak si las armas podían pasar del presente al pasado. Porque, indudablemente, aquel «mago» no era, ni más ni menos, que el enviado de los «otros», el hombre que iba a impedir que él siguiese viajando por el pasado… y por cualquier otra parte.

Rememorando su viaje a la Alemania de la guerra, recordó la muerte del oficial, a la que culpó de que los otros hubiesen descubierto su presencia en la cuarta dimensión.

¿Qué podía hacer?

Sin armas, que no le hubiesen importado sin la presencia de aquel «mago», estaba como desnudo, a la merced de aquel asesino que, disfrazado de «aliado del diablo», estaba allí esperándole…

Tropezó casi con la muchacha, que se volvió, ofreciendo un lindo rostro que, en aquellos momentos, entristecía el caudal de

lágrimas que caía por sus mejillas.

—¿Os he lastimado? —inquirió él.

—No.

Él la tomó audazmente por un brazo.

—¿Qué tenéis? Me aflije mucho vuestro dolor. ¿Puedo hacer algo por vos?

—Sois muy osado —una sonrisa afloró a los labios—, pero parecéis valiente. ¿Qué diríais si supierais que Luigi Donatello es la causa de mi dolor? Con toda seguridad bajaríais la cabeza y os despediríais…

Él la sonrió.

—Basta que hayáis nombrado a ese malvado para que, más que nunca, esté a vuestro lado.

Ella le miró con asombro.

—¿No le teméis?

—No.

El rostro de la linda muchacha se iluminó. Se secó las lágrimas rápidamente.

—No sé si la Providencia os ha enviado, cruzándoos en mi camino; pero, después de todo, no importa. Venid conmigo, seguidme a cierta distancia… y ya veréis.

Mientras iba en pos de la misteriosa muchacha, Durk pensaba, no sin una sonrisa de incredulidad, que estaba jugando al personaje romántico de aquella época.

«¿No estarás haciendo el idiota y te irás a meter estúpidamente en la boca del lobo?».

Poco después la muchacha se detenía junto a la fachada posterior de un palacio, y cuando la puerta se abrió sigilosamente ella le hizo un signo para que la siguiese.

Una vez dentro, ella dejó caer el velo que cubría su rostro y Durk tuvo que hacer un esfuerzo para no lanzar un silbido muy yanqui siglo XX, que ella hubiese podido interpretar de mala manera.

—¿Seguís dispuesto a poneros al lado de los débiles? —inquirió.

—Sí.

No le gustaba aquel papel de Quijote, pero, de todas formas, el nombre de Donatello se hallaba mezclado en aquel asunto y nada perdería viendo hasta dónde se podía llegar.

Le hicieron subir una escalinata y le invitaron a sentarse en un saloncito donde esperó largo tiempo.

Por fin, después de una espera que le pareció eterna, se abrió una puertecilla, dejando pasar a la jovencita de antes, seguida por otra, cuya esplendorosa belleza hizo que William se pusiese automáticamente en pie, arrobado por aquella aparición «féerique[1]».

Había oído hablar en América de las bellezas italianas; pero, evidentemente, la raza había evolucionado y ya era imposible encontrar en las mujeres modernas algo que pudiese compararse con lo que tenía ante sí.

Le pareció salida directamente de un cuadro de Rubens.

Ella se inclinó reverenciosamente, recordándole que debía hacer lo mismo, lo que realizó de una manera bastante aceptable.

—Soy Catalina de Venecia…

¿Así que aquella mujer era la que Donatello deseaba para sí?

Tuvo que admitir que el tal Luigi sabía lo que se hacía. Pero, en el fondo, lamentó no haber nacido en aquella época. Por un momento la imagen de Betty se borró de su pensamiento.

—Señora, si en algo puedo seros útil…

—María me ha dicho que no temíais a Donatello.

—Os dijo la verdad.

—Y eso es precisamente lo que me ha maravillado. Todos los venecianos tiemblan hoy ante ese monstruo… Y yo, pobre mujer, me encuentro sola, completamente sola, sin un brazo fuerte que me libre del horrendo destino que me imponen. No sois veneciano, ¿verdad?

—No. Y no os extrañe mi indumentaria. Cambié mi uniforme por estas ropas. No deseaba llamar la atención.

—Os comprendo. De todas formas, tendréis que vestir otras ropas si, en verdad, deseáis ayudarme. La única manera de hacerlo es acudiendo a la fiesta que Donatello dará, en su palacio esta noche. María os procurará otras ropas y una buena daga. Luego, esta noche, vos mismo veréis lo que se puede hacer por la felicidad de una mujer desdichada…

Se había acercado a él y su delicada mano se posó sobre el brazo de William. Después, de la manera más natural, se puso de puntillas, besando en los labios al asombrado viajero del tiempo.

* * *

Se materializó en el sillón y Erik, que estaba medio adormecido, se puso en pie.

Hans se irguió a su vez, abandonando el sillón de la máquina del tiempo.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Tussen.

—Nada aún. Esta noche, me refiero naturalmente al tiempo de Venecia, se celebra una fiesta en el palacio de Donatello.

—¿Se ha extrañado de tu… reaparición?

—No. Está contento de verme nuevamente con él. Le he prevenido de la presencia de un enemigo y desea estrangularle con sus propias manos.

—¡Eso es imposible!

—Ya lo sé; pero no puedo decirle la verdad. Lo encontré en Florencia y le mostré mi nueva arma secreta.

Hans iba vestido como un hombre de la Edad Media, pero llevaba, colgando de su cinto, una «Luger» moderna.

—Debió de maravillarse, ¿no?

—Se quedó mudo de asombro. Me ofrecía una riqueza por ella. Le dije que antes de salir de Venecia se la regalaría.

—¡Eres extraordinario! Sólo un hombre de tu imaginación sería capaz de conquistar la voluntad de los antiguos romanos de la manera que lo hiciste.

—Deja aquello. Ahora lo que interesa es destrozar a ese entrometido.

—¿Sabes algo de él?

—¿Hubiese venido a verte si no supiese nada? Un viejo posadero de Venecia ha comprado un uniforme de las S. S. ¡Cuánto me hubiese gustado enseñártelo!

—¿Cómo? ¿Es posible que esos imbéciles se hayan atrevido a presentarse así en plena Edad Media?

—Así es. En realidad, llamó relativamente la atención, ya que la época se prestaba a disfraces ridículos; pero lo importante es que supe de su llegada y que los hombres de Donatello están buscándolo, con orden de señalarme dónde está.

—Entonces podemos estar tranquilos. Lo importante es que no se rompa ninguno de los eslabones principales, cosa que podría

significar cambios históricos que no podemos prever.

—¿A qué te refieres?

—A Donatello en persona. Ten mucho cuidado e impide que ese granuja pueda hacerle el menor daño. Ya sabes que el mensaje llegó a Donatello directamente de Lucio Silvio; pero que contamos con que Donatello vivió setenta años y pudo dejar a sus sucesores los importantes documentos que le legó Lucio Silvio hasta llegar al Donatello que, en 1942, nos entregó el secreto de la fabricación de la bomba atómica.

»Tú seguiste toda la cadena para impedir que nadie destrozase aquellos preciosos documentos. Si ahora hacemos que ese entrometido desaparezca, podremos vivir tranquilos. Porque, una vez muerto, ninguno de sus posibles colaboradores se atreverá a viajar más en el tiempo.

—¿Cómo podrás impedirlo?

—Con el aparato que estoy ultimando. Es una especie de radar, sensible a las ondas que hacen posible moverse por la cuarta dimensión. Es un radiogoniómetro que no tardará en señalarme, con una precisión matemática, la situación de esa nueva máquina del tiempo.

—¿Y qué harás cuando lo sepas?

—Puedo hacer muchas cosas; pero, naturalmente, ordenaré que un grupo vaya a detener a los que la han fabricado y que confisquen la máquina. Con mi «radiogoniómetro» impediré que nadie más vuelva a inmiscuirse en nuestro ATENTADO EN EL TIEMPO.

Hans suspiró profundamente.

—¡Menos mal! Te aseguro que estaba intranquilo, ya que, aunque impidiésemos esta intromisión, podrían aparecer nuevas máquinas, lo que nos convertiría en una especie de policías del tiempo, sin poder vivir tranquilos ni un solo instante.

—Pues ya ves que no has de preocuparte más. Eliminando a ese intruso, ya no volverá a repetirse y no tendremos más que seguir las indicaciones de mi nuevo aparato para enviar a quien se encargue de destruir todo posible intento de intromisión en el pasado.

Hans terminó de fumar el cigarrillo y se acercó al sillón de la máquina del tiempo.

—Debo volver. Sitúame, justo, en el momento en que ese tipo, vestido de alemán, llegó a la posada.

Deseo reconocerle personalmente.

—Ya sabes que no puedes atentar contra él, ya que esa parte del pasado le pertenece.

—Ya lo sé; pero deseo verle con mis propios ojos. Así, cuando vuelva a verle, no podrá escapárseme.

—Está irremisiblemente perdido.

Capítulo VIII


uando Durk se miró en el espejo de la habitación donde un criado le llevó las ropas que Catalina le había designado no pudo dar crédito a sus ojos.

En el fondo sentía ganas de reír, ya que todo aquello le parecía ridículo; tan ridículo como extraordinario. Sólo el recuerdo del mago con su «aparato de hacer rayos», le hizo volver a la realidad, considerándola fríamente, y terminó llegando a la conclusión de que en aquella aventura se iba a jugar el todo por el todo.

El antifaz que le había traído le favorecía extraordinariamente. Y así, cuando supo, por el solícito mayordomo que le ayudó a vestirse, que la fiesta de Donatello era en realidad un baile de máscaras, se alegró infinitamente, ya que sobre todo le interesaba mantenerse en un incógnito que el antifaz hacía posible.

Alguien llamó a la puerta y él ordenó que entrasen.

Era Catalina.

El vestido que se había puesto realzaba hasta lo indescriptible su

soberbia belleza y William no pudo evitar un suspiro que salió de lo más hondo del alma.

—¡Qué hermosa sois! —dijo sin ambages.

Ella rió, demostrando que no era aquélla la primera vez que los hombres la admiraban.

—Hemos de apresurarnos-dijo —pero antes desearía conocer vuestros planes.

—Sólo veo una posibilidad, señora: matar a Donatello.

Ella se llevó el abanico al rostro, ocultándolo parcialmente, como si hubiese deseado ahogar una exclamación ante las crudas palabras de él.

Luego, después de una corta pausa, Catalina dijo:

—He dispuesto un carruaje que os llevará, detrás del mío, hasta el palacio de Luigi. Allí os presentaré como un primo llegado de Aosta, donde tenemos mucha familia.

—¿Habré de quitarme el antifaz durante la presentación?

—No. Todo el mundo lo llevará hasta que acabe la fiesta. Sólo cuando Donatello anuncie formalmente nuestro compromiso —lanzó un profundo suspiro— desaparecerán los antifaces de todos los rostros.

—Perfectamente. Y no suspiréis así; os lo ruego. Me partís el alma.

Diez minutos más tarde los carruajes se detenían ante el imponente palacio de Luigi, En realidad, el edificio estaba casi enfrente de la casa de Catalina, pero el boato y la elegancia obligaban a hacer aquellos setenta metros en los coches.

Nada más salir del coche, Durk se percató de la recia guardia de alabarderos que rodeaba el palacio. Indudablemente, aquella vigilancia debía de ser la normal en tales casos; pero, no obstante, no dejó de preocupar al joven.

De no haber poseído la maravillosa posibilidad de esfumarse en cualquier momento, su nerviosismo hubiera sido mayor. Por si acaso, acarició el cinturón que se había colocado bajo el jubón sedoso que llegaba.

Siguiendo a corta distancia, el cortejo de damas de honor que rodeaban a Catalina subió la amplia escalinata de mármol que conducía a la casa. Una vez dentro, en un salón de descomunales dimensiones, profusamente iluminado por más de un centenar de

candelabros, se halló ante un espectáculo que ningún historiador, por imaginativo que fuese, hubiera podido concebir en su plena realidad.

Comprendió entonces aquella época de los pequeños reinos italianos, en la que la orgía y el crimen, la intriga y el odio estaban al servicio de los poderosos.

Un grupo de hombres se acercaba a ellos.

La personalidad de Donatello llamó enseguida su atención.

Era alto, fornido, de anchas espaldas y labios gruesos. Sus ojos, visibles a través de los orificios del antifaz, brillaban con una intensidad que explicaba su soberbia y su orgullo.

Durk imitó la reverencia que todos hacían al poderoso señor y Catalina, después de incorporarse, le señaló, diciendo:

—Mi primo Pietro Tollini, señor.

—Encantado —dijo el otro, sin apenas concederle una mirada.

Tampoco estaba ya William interesado por Donatello. Un sudor frío le empapaba la frente, pegándole el raso del antifaz al rostro. Al mismo tiempo temió que los latidos de su corazón fueran oídos por los que le rodeaban.

Porque lo que acababa de ver le procuró un estremecimiento de horror.

Sus ojos estaban fijos en la figura achaparrada, de cabellos rubios, que se mantenía como una estatua a la derecha de Donatello.

Ni el disfraz ni el antifaz podían ocultar la personalidad germánica de aquel hombre, pero por si hubiese habido alguna duda, la pistola «Luger» que pendía de su cinturón, como un anacrónico objeto en aquel fastuoso ambiente medieval, demostraba evidentemente su calidad de viajero del espacio.

¡Aquél era su enemigo!

Tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para no delatarse. Sólo el temor de que el otro le descubriese le hizo refrenar el impulso de salir corriendo de allí y desaparecer cuanto antes.

«Es mi único gran peligro en este momento. Basta que sospeche lo más mínimo para que me llene el cuerpo de plomo. Y yo, para defenderme, no llevo más que esta ridícula daga prendida de mi cinturón».

Catalina se había ido con sus damas y amigas y Donatello y el

otro también se alejaron. Por el momento William se quedó completamente solo, y después de suspirar se dirigió hacia una de las mesas, en las que se ofrecían toda clase de confituras y dulces.

Bebió una copa de vino y sintió un vivificante calorcillo que le recorría el cuerpo; luego, dispuesto a conocer el salón donde iba a representarse uno de los actos más importantes de su vida, quizás el último, empezó a moverse entre la gente, mezclándose con ella y haciendo graciosas reverencias a las bellas damas que le miraban con insistente curiosidad.

Otro nuevo vaso, en una mesa más alejada, le puso de excelente humor.

—No debes temer nada —se dijo—. Él no ha podido reconocerte; si lo hubiese hecho, ya no estarías vivo.

También pensó en lo que había dicho a Catalina. No estaba seguro de las consecuencias que podía acarrearle el matar a Donatello. Si el italiano poseía los documentos… ¿por qué no robárselos?

Recordó casi enseguida que aquello era completamente imposible, ya que ningún objeto del pasado podía volver a épocas posteriores. Sin embargo, las fórmulas ERAN OBJETOS DEL FUTURO, que habían sido llevados a épocas anteriores, para hacerlos entrar en el curso de la Historia…

—Tendré que hablar con el profesor —volvió a decirse—. Si intento resolver el problema por mí mismo, terminaré completamente loco.

Se había detenido junto a una columna cuando unas palabras fuertes, de una voz que había conocido antes, llegaron hasta él.

—¿Lo has descubierto ya, amigo mío? —preguntaba Donatello a su invisible interlocutor.

—No —repuso éste—; pero no tardaré mucho en verlo, si es que se ha atrevido a entrar aquí. Cambió sus ropas en una posada por unas vestiduras con las que no podrá pasarme desapercibido…

William se estremeció.

¡Así que le habían seguido a casa del posadero!

Aquel hombre estaba enterado de demasiadas cosas y era muy capaz de descubrirlo, aún bajo su nuevo disfraz. Por fortuna, Durk había ocultado, bajo los encajes en que acababan sus mangas, el reloj que hubiese podido ser en cualquier momento su perdición.

Le pareció oír su tictac desmesurado y maldijo el momento en que había empezado aquel viaje con él. ¿Para qué demonios lo necesitaba? No iba a servirle, en cualquier, circunstancia, más que para delatarle.

—«¿Vienes conmigo?» —inquirió Donatello.

—«No. Voy a quedarme aquí. Desde este sitio pueda ir vigilando la entrada…».

Los pasos del florentino se alejaron, y Durk, que había permanecido inmóvil como una estatua, se sintió invadir por un ardiente deseo de terminar con todo aquello.

Si tenía que luchar, mejor ahora, sin más dilación.

Se movió cautelosamente, empezando a dar la vuelta a la columna que le ocultaba a su enemigo.

Avanzando milímetro a milímetro, después de convencerse de que nadie prestaba atención a su maniobra, fue girando, pegado al mármol, hasta ver las anchas espaldas del germano, que estaba absorto en la contemplación de la entrada, por la que seguían apareciendo nuevos invitados.

Los ojos de Durk se clavaron hipnóticamente en el cinturón sedoso del que pendía la funda y su contenido mortífero.

¡Si pudiera desarmar a su enemigo!

Aquella idea que al principio le pareció loca, fue abriéndose paso en su mente, con una fuerza inusitada, hasta convertirse en una verdadera obsesión.

¡Estaba tan a su alcance!

Sin darse cuenta de la extraordinaria coordinación de sus movimientos, sacó la aguda daga de la funda. No estaba seguro de poder matar al hombre del primer golpe. Y, además, si tenía la mala fortuna de fallar aparatosamente, todo se vendría ruidosamente abajo.

Nunca había manejado un arma como aquella daga y por eso estaba inseguro del triunfo que le hubiera proporcionado un golpe certero, que cualquiera de los asistentes a la fiesta hubiese propinado al germano sin vacilación alguna.

Por otra parte, le repugnaba el matar así, con un arma que parecía, a sus ojos, un atentado contra su propia conciencia.

Optó por su plan primitivo: apoderarse de la Luger.

Los dos o tres pasos que le separaban del germano constituyeron

una verdadera tortura para él. Nunca, en su vida, había experimentado una tensión tan intensa como aquélla.

Su mano izquierda avanzó, milímetro a milímetro, no tardando en rozar el cinturón de seda que llevaba el otro. Entonces, bruscamente, la tensión se desencadenó, como una explosión en cadena.

Los dedos de la mano izquierda separaron el cinturón del ropaje, la mano derecha, que empuñaba la daga, segó el tejido y, dejando caer la daga, tomó la pistola que, con su funda, se caía, velozmente hacia el suelo.

Hans se volvió velozmente, palideciendo tanto que el contraste entre el antifaz y la piel se hizo demasiado aparente.

William empuñaba ya la pistola.

Nadie, salvo ellos dos, se había dado cuenta de lo ocurrido. Situados casi detrás de la amplia columna, estaban demasiado alejados de los demás que, por otra parte, reían, charlaban, atentos sólo a la diversión que iba aumentando paulatinamente de tono.

Se miraron fijamente, mudos, sin decir una sola palabra.

Finalmente, Hans, cuyo nerviosismo se traslucía en los movimientos de sus manos, que frotaba la una contra la otra, como si sintiese frío:

—¿Era… usted?

—Sí. Y ahora me explico muchas cosas. ¿Por qué cambiaron el curso de la historia?

—Era nuestro desquite. Cualquiera lo hubiese hecho, en nuestro lugar.

—¿Y todos los que perecieron?

—Eso es lo que menos importaba. Quince millones de alemanes habían muerto o desaparecido.

—Nosotros no lanzamos bombas atómicas sobre Alemania.

—Porque ya estaba todo perdido. ¿Hubiesen hecho lo mismo si la resistencia se hubiera prolongado un año más?

William no contestó.

El otro, después de un largo y prolongado silencio, preguntó:

—¿Qué piensa hacer?

—Matarle. No tengo otra opción. Después mataré a ese monstruo de Donatello.

Las manos de Hans temblaban cada vez más intensamente.

—¿Por qué ha de matarme? Puedo facilitar su labor, decirle dónde se realizó el ATENTADO EN EL TIEMPO.

—¿Qué ganaría con eso?

—Tiempo.

—No me importa. Usted representa, junto al que lo ha lanzado a la cuarta dimensión, un peligro para todo lo que debió ser. El mundo debe volver a su verdadera historia.

La voz del otro se hizo suplicante.

—¡No debe matarme! Prefiero volver a la miseria de la zona oriental de Berlín, a las privaciones de aquel tiempo…

—¿Para qué? ¿Para repetir la horrible experiencia con una nueva máquina?

—¡No dispare! Yo le diré dónde se halla la máquina y quién es Erik Tussen, su inventor… ¡Le diré quién era Lucio Silvio, en la corte de Nerón, y cómo hice de él uno de los más poderosos tribunos…!

Pero el doctor William Durk ya había escuchado bastante.

Oprimió el gatillo dos veces consecutivas y Hans cayó con el pecho destrozado, para no levantarse jamás.

Los disparos levantaron un coro de gritos femeninos y un vocerío que salía de las gargantas de los hombres.

Donatello, con la espada desnuda, avanzó, rodeado de sus alabarderos, también atraídos por los disparos, hacia el lugar donde estaba el viajero del tiempo. Pero, al ver que era éste quien empuñaba el arma y que su aliado yacía en el suelo, sin vida, Luigi se detuvo, siendo imitado por los otros.

—¿Quién sois? —inquirió en medio de un silencio de muerte.

—La verdad —dijo William, disparando.

Cuando Donatello se desplomó, la huida fue general y el salón quedó, momentos más tarde, casi completamente vacío.

Una Catalina sonriente se acercó al joven.

—¿Cómo puedo agradeceros lo que habéis hecho? —inquirió mirándole fijamente.

Durk se mordió los labios.

La imagen de Betty se impuso a su conciencia con una fuerza avasalladora; pero, de todos modos, se acercó a Catalina y le besó en los labios, diciéndole después:

—Nunca comprenderías lo que pasa por mi corazón, hermosa

criatura. Me da pena tener que hundirte en ese pasado al que perteneces, y daría cualquier cosa por haber nacido en este siglo y en esta ciudad. Pero, por desdicha, todo esto es tan hermoso como un sueño. Adiós.

Y oprimió el botón de su cinturón, sintiendo un agudo zumbar de oídos.

* * *

La carcajada que oyó, cuando se despertaba, le hizo estremecerse.

Por un momento, influido aún por las imágenes que acababa de vivir, creyó, al oír aquella risa cantarina, que seguía junto a la muchacha de la Edad Media, en aquel salón donde, fuera de ellos dos, no quedaban más que los cadáveres de dos hombres.

Pero, al abrir definitivamente los ojos y contemplar el lindo rostro de Betty, una maravillosa sensación de paz se infiltró en su espíritu.

—¿De qué te ríes?

Ella volvió a estallar en carcajadas y entonces él se percató de que estaba en paños menores, sin ninguno de los sedosos atuendos que Catalina le había dado. Sólo el cinturón y la pistola de Hans en la mano.

Betty, que había salido corriendo, volvió poco después con una bata del profesor, que William se puso, todavía encarnado de vergüenza.

—No encuentro gracia alguna a estas ridículas situaciones dijo.

—No te preocupes, querido —dijo ella tomándolo por el brazo —. Vamos, papá te está esperando arriba.

El profesor le acogió con impaciencia, haciéndose relatar los últimos acontecimientos.

—¡Estamos cerca del final, amigo mío!

—No sabe usted las ganas que tengo de terminar esta loca pesadilla. Comprendo perfectamente que el hombre se limite a vivir su época. Y, ahora que recuerdo, habrá de prometerme una cosa, profesor, si desea que continúe ayudándole.

—¿De qué se trata?

—De que, después de destruir su máquina del tiempo, no

volverá a intentar hacer una nueva.

—Se lo prometo, muchacho. No crea que me gustan esta clase de asuntos; pero… ¿y los demás?

—Estaba pensando en eso, profesor. Esta vez, no volveré…

Betty se puso pálida como el papel.

—¿Qué quieres decir, William? —inquirió con una expresión de angustia indecible.

Él la miró con ternura.

—No te preocupes, querida. Quiero terminar todo esto, de forma a que los hombres para los que estamos preparando la verdadera historia, no estén a la merced de cualquier loco ambicioso. Esta vez, cuando vaya al pasado remoto de la época neroniana, quiero que el profesor destruya la máquina.

—¿Cómo? ¿Antes de que regreses?

—Sí.

Tanto el profesor como la joven le miraron con una expresión de asombro que le hizo sonreír.

—No acabo de entender… —dijo Snak.

—Pronto lo comprenderá, profesor. Y tú también, Betty querida. Escuchen: si usted destruye definitivamente su máquina, no por eso dejaré de volver al presente. Pero deseo verme atraído por la máquina del otro, por la de ese infernal Erik Tussen. Una vez que lo haya matado, podré considerarme tranquilo.

—Pero… —balbució el profesor—, ¿se da usted cuenta, joven, de su situación, en el momento de que los hechos vuelvan a su curso?

—No entiendo.

—Es, por tanto, evidente. Usted, si regresa a la máquina del tiempo de ese germano, se encontrará EN ALEMANIA cuando la historia vuelva a su normalidad. Es un peligro grande, muy grande.

—Es igual. Prefiero correrlo, porque será la única manera de haber hecho algo positivo. Imagínese, doctor, que yo regresase, tranquilamente, aquí. ¿Qué ocurriría con Erik?

—¿A qué se refiere?

—A que ese alemán se encontraría DE NUEVO en su pequeño laboratorio de Alemania oriental. Verdad es que su colaborador, el que yo he matado en la Venecia del siglo XIII, no existiría; pero él proseguiría sus trabajos y tornaría a cometer un nuevo «ATENTADO

EN EL TIEMPO» y, esta vez, lo realizaría con muchísimo más cuidado. Estoy decidido, señor. En cuanto me haya lanzado al pasado… ¡destroce esa horrible máquina!

Betty puso su mano sobre el brazo del joven.

—¿Y nosotros, William?

Él la miró, sonriendo.

—No te preocupes, Betty. No sé lo que pasará, porque voy a lanzarme a la última y más emocionante aventura; pero, de todos modos, pase lo que pase, y si salgo con vida… te buscaré hasta encontrarte. Aunque es posible que ya no me recuerdes.

—¿Por qué?

—Porque todos los recuerdos se habrán borrado de tu mente.

—Eso no ocurrirá-dijo el profesor. —Betty, como yo, seguimos un tratamiento de ondas de la cuarta dimensión. No deseamos olvidar nada, hijo mío.

CAPÍTULO IX



oma antigua!

Con los ojos desmesuradamente abiertos, apoyado en el muro de la Vía Apia, donde había sido proyectado desde el sillón de la máquina del tiempo, del profesor Snak, Durk contempló, arrobado por la emoción, aquel mundo con el que tanto había soñado de pequeño, cuando se pasaba las horas muertas ante los grabados de su Historia antigua.

No, no podía haberse imaginado, por mucho que hubiese leído y visto, aquel mundo, tal y como lo veía ahora, en su palpitante realidad.

¡Roma!

La ciudad se levantaba ante él, al final de paseo empedrado, por el que pasaban los carruajes y las gentes; gentes de todas clases, pero, generalmente harapientos, sucios, con barbas descuidadas y píeles en las que la grasa, el sudor y el polvo habían formado una repugnante costra.

Betty, después de reír por su íntimo atuendo a su regreso de Venecia, le había confeccionado una especie de traje híbrido, sin asomo de edad moderna, con una capa que cubría su cinturón, del que pendía la Luger que había cogido a Hans.

Su vestido no podía llamar la atención y eso era lo que le importaba.

Empezó a andar hacía la ciudad, manteniéndose alerta. Mucho más que los crueles hombres de la Edad Media, que había conocido en Venecia, le imponían los romanos, y cuando vio a los pretorianos que rodeaban a una litera y que repartían latigazos entre los transeúntes, abriéndose paso, mientras gritaban:

—¡Perros! ¡Fuera! ¡Sucios puercos!

Comprendió que se hallaba en la época más cruel de la Historia del mundo y que tendría que abrir los ojos si deseaba salir victorioso de aquella última prueba.

Soldados romanos pasaban, ociosos y bullangueros, hablando con voz tonante y abriéndose paso a golpes.

Árabes, partos, hombres nórdicos, númidas, gente de piel oscura, de los lejanos meandros del Nilo o abisinios de cráneo dolicocéfalo: todas las razas, todos los pueblos. Así era Roma, en los tiempos en que el matricida Nerón regía sus destinos.

William se sentía tremendamente solo y desamparado en aquella inmensa Babel, mucho más cosmopolita que cualquiera de las modernas ciudades que él había conocido.

Un mercader judío le atrajo y cuando los curiosos se fueron, después de comprar algunos de los objetos que el israelita vendía, Durk se acercó a él.

—¿Podías decirme dónde puedo hallar la casa de Lucio Silvio?

El otro le miró inquisitivamente.

—¿Has dicho Lucio Silvio?

—Sí.

—No eres de aquí, ¿verdad?

—No, soy extranjero; pero ¿a qué viene eso?

—Sólo un extranjero o un romano muerto ignoraría dónde se halla la casa de Lucio Silvio. Hace un año, su nombre hubiese hecho fruncir todos los entrecejos, ya que nadie le conocía; pero ahora, ¿quién no conoce al muy ilustre Lucio Silvio? —Había un tono irónico en su voz, que no pasó desapercibido al joven—. ¿Quién no

desea ser amigo Lucio o de los amigos de éste?

Meneó la cabeza, de un lado para otro.

—¡Y nos llaman avaros, ladrones, puercos! ¡Nosotros que, después de veinte años de trabajo, en esta maldita ciudad, apenas si tenemos un centenar de sestercios para pagar al enterrador! Mientras, ellos, gracias a mil cosas que no llegaré nunca a comprender, se convierten, de la noche a la mañana, en patricios que pueden permitirse el lujo de regalar un saco de oro al Emperador o comprar cien esclavas nubias en una misma tarde.

—¿Tan rico es?

—¿Rico, has dicho? De memoria de hombre no se conoció a nadie que, después de Creso, poseyese lo que Lucio Silvio.

—¿Cómo ha logrado acumular tantas riquezas?

—¿Quién lo sabe? El único rumor que corre es que posee amistad con los dioses. ¿Cómo, si no, hubiese logrado derrotar a los partos, él solo, en una batalla que le colmó de cuánto posee?

—¿Venció… él solo?

—Él y, seguramente, algún ayudante que le envió Vulcano. Todos los que fueron a recoger las riquezas que habían abandonado los partos, cuentan que éstos yacían destrozados: aquí una cabeza, allá una pierna o un brazo. Y, aunque miraron con atención todos los cadáveres, no lograron encontrar ni una flecha, ni una lanza, ni siquiera una piedra que demostrase que se habían utilizado las catapultas. ¡Un hombre contra seis millares! ¿Puede haber alguien, en el mundo conocido, más poderoso y temible que Lucio Silvio?

—Me has llenado de asombro; pero no me dijiste aún dónde puedo encontrar su casa.

—Es muy fácil. Continúa por la Vía Apia; cuando llegues al arco, tuerce a la derecha, sin perder de vista el Coliseo. Un poco más allá, apenas cien pasos, verás una casa, cuya puerta está guardada por pretorianos del César. Allí es.

—Gracias.

—¿No quieres nada de lo que puedo venderte? Me has hecho hablar y yo no estoy para perder mi precioso tiempo.

Durk no le escuchó. En realidad no llevaba dinero romano y se hubiera visto en un aprieto al tener que pagar alguna cosa.

Sabía ya bastantes cosas de Lucio Silvio, pero deseaba conocer la manera de poder desquiciar todo aquello que, sin ningún género de

dudas, debía haberse originado con la llegada de Hans, que era quien le había ayudado a vencer a los partos.

¿Cómo?

Los cuerpos destrozados le daban una ligera orientación; pero, de todas formas, deseaba conocer los hechos con mayor detalle, y la única manera de lograrlo era interrogando al propio Lucio.

La guardia pretoriana le impuso no poco respeto. Después, a medida que fue madurando su plan, encontró más lógico entrar por la puerta principal que, como había pensado antes, esperar la noche para penetrar en la casa sin que nadie le viese.

Se acercó a uno de los pretorianos.

—¡Salve! —saludó.

—¡Salve! ¿Qué deseas?

—Ver a Lucio Silvio.

—No es posible. Lucio no recibe a nadie.

Durk, haciendo un esfuerzo de voluntad, le lanzó una mirada despectiva.

—No eres tú, por Júpiter, quien tiene que decir sí a o no de recibirme. Di a Lucio que soy un amigo del hombre que luchó con él contra los partos.

El pretoriano le miró de arriba abajo; luego, entre dientes, dijo:

—No me gustaría estar en tu pellejo si intentas burlarte de mí. Puedes estar seguro.

Y volviéndose hacia el grupo de pretorianos que había al otro lado del portalón gritó:

—¡Eh, Cayo! ¡Ven!

Un, verdadero atleta se acercó, moviéndose como un felino.

—No pierdas de vista a este hombre —le dijo el que había hablado con William—. Vuelvo enseguida.

El coloso se le quedó mirando, en cuanto el otro desapareció en el interior del patio; después dijo:

—Vas vestido de manera curiosa. ¿De dónde has llegado?

—De más allá del Plus Ultra.

—¿De la tierra de los britanos?

—Un poco más allá.

—Nunca estuve allí. Sólo pasé dos años en las Galias; pero, por el color de tu pelo y el de tus ojos, veo que dices verdad. ¿Conoces a Lucio Silvio?

—Es amigo de un amigo mío.

—¡Suerte la tuya, compañero! Ser amigo de los amigos de Lucio es hoy en Roma, como ser primo hermano de Nerón; aunque esto último sería mucho más peligroso. No serás cristiano, ¿verdad?

William no pudo evitar un estremecimiento; pero, dominándose, preguntó:

—¿Qué es eso?

—¡No importa! Lo que interesa, es que no lo seas. Están las mazmorras repletas de ellos y, según he oído, Tigelino prepara una buena fiesta en el Circo. Han traído fieras del desierto de Nubia. ¡Ya verás lo bien que lo pasamos!

Durk sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Había olvidado, en medio de sus propias preocupaciones, la época a la que había sido lanzado desde el sillón del profesor Snak y, al darse plena cuenta ahora, se sintió molesto, deseoso de abandonar aquella ciudad, donde se había cometido el mayor de los crímenes colectivos de la historia de la humanidad.

Por fortuna, el pretoriano volvió a salir en aquel momento.

—Ven —dijo simplemente.

El atleta le hizo un gesto amistoso y William siguió al otro, atravesando el ancho y sombreado patío.

Justo, cuando lo acababan, un lamento horrendo hizo que el joven volviese la cabeza, viendo, en una estrecha y oscura estancia, a una joven bellísima que, atada a un poste, con las espaldas desnudas, recibía los azotes que un hombre le propinaba con un látigo.

—¿Qué están, haciendo? —inquirió indignado.

El pretoriano se encogió de hombros.

—¿De qué país vienes, extranjero? ¿No se castiga a las esclavas que desobedecen a sus amos?

William se mordió los labios, después, sin poderlo evitar, se separó del romano, corriendo a la ergástula, justo para detener al hombre cuando el brazo armado del látigo iba a caer nuevamente sobre la espalda ya lacerada.

El pretoriano corrió hacia ellos.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco? ¿No sabes que fue el propio Lucio quien impuso el castigo a esta perra?

—¡Yo hablaré con Lucio! ¡No quiero que se le de un solo

latigazo más!

Su postura gallarda y segura surtió efecto y los dos romanos se miraron entre sí, sin saber qué hacer.

El pretoriano fue quien decidió:

—No le pegues más, Máximo; pero no la desates. Veremos lo que dice Lucio.

La muchacha, que no debía de tener más de dieciocho años, volvió el rostro cubierto de lágrimas hacia Durk, sonriéndole agradecida.

Momentos más tarde penetraba en la estancia principal, en cuyo centro había, como en todas las casas patricias romanas, un acuario-piscina, donde nadaban las terribles murenas, peces a los que, de vez en cuando y para diversión de aquellos hombres sin corazón, eran lanzados esclavos vivos, que los peces devoraban en un instante.

Reclinado en su lecho y rodeado de esclavas y amigos, Lucio miró al recién llegado, sin moverse apenas. Imitando a Nerón, llevó al ojo una turquesa, a través de la que contempló las múltiples y coloreadas imágenes que el cristal tallado le proporcionaba.

—Has dicho que eras amigo del hombre que me ayudó.

—Sí.

—¿Puedes probarlo?

—Sí.

Lucio le señaló una vitrina.

—Si sabes lo que es eso que hay ahí, serán verdad tus palabras. Si no lo sabes, las murenas tendrán comida dentro de poco.

William se acercó a la vitrina.

¡Y entonces lo comprendió todo!

Un par de granadas, de las utilizadas durante la Segunda Guerra Mundial por todos los combatientes, de las llamadas «de anilla», reposaban sobre una almohadilla de terciopelo.

—¿Fue con esto con lo que mi amigo te ayudó a vencer a los partos?

—¿Sabes lo que es eso? Cógelas, si quieres. No obedecen más que a los que conocen su magia. Si eres un embustero, no te harán caso.

Sonriendo, Durk se apoderó de las granadas, metiéndose disimuladamente una en el bolsillo.

Estaba decidido a aprovechar aquella magnífica ocasión.

Se acercó a Lucio, quitó la anilla a la bomba de mano, lanzó una ojeada a su alrededor y viendo que el patio se prolongaba por la derecha, sin que hubiese ningún ser por allí, la lanzó, antes de que nadie pudiese evitarlo.

La explosión causó terror y provocó una huida general.

Luego, cuando Lucio se le acercó, ya que también había salido huyendo.

—Eres mi amigo. Lo has demostrado. ¿Qué deseas?

—La esclava que estaban azotando por tu mandato.

El otro sonrió.

—¿Sólo eso? —Y volviéndose a uno de sus acompañantes ordenó—: ¡Que traigan a Thela al instante!

Poco después la esclava miraba a William, que se estremeció, sin poderlo evitar.

—¿No quieres nada más? —inquirió Lucio.

—Desearía ver el secreto que te dejó mi amigo.

El romano frunció el entrecejo.

—Lo tengo en el ánfora; está ya lacrado.

—Con ver el ánfora tengo bastante.

—Está bien. Prometí al otro no volver a abrirla más. Ven conmigo.

Le siguió William y también los demás. Thela, la agradecida esclava, no se separaba de él, temerosa de que no cumpliese lo prometido y volviese a dejarla en poder del hombre al que más odiaba.

El ánfora estaba en una hornacina, en los sótanos de la casa.

Durk forjó el plan más audaz de su vida, en los pocos minutos que tardó en llegar al subsuelo de la casa de Lucio.

—Voy a demostrarte mi poder —dijo, una vez estuvieron en los sótanos—. Abriré el ánfora desde aquí, desde las escalinatas, a distancia, sin tocarla.

—¡Eso no es posible!

Y todos, atraídos por la fabulosa perspectiva del espectáculo que el joven prometía, se reunieron a Lucio, que dispuesto a no perder detalle de aquella demostración de fuerza, se había colocado junto a la hornacina.

La proximidad del final de su misión emocionó intensamente a

Durk, que se imaginó la importancia de un gesto que iba a cambiar el rumbo de la humanidad y encauzarlo por el verdadero camino, del que no debió salir jamás.

—¡Mira! —gritó.

Todos se volvieron hacia el ánfora.

Y la granada, cuya anilla saltó ágilmente, cayó sobre ellos, estallando allá abajo, mientras Durk, al dejarse caer en el suelo, arrastraba a la esclava que, sumisa, se había quedado a su lado.

Cuando la explosión terminó, el joven lanzó un suspiro.

—Ya está terminado —dijo.

—¿El qué, señor? —inquirió inocentemente Thela.

Él sonrió antes de sentir que fuertes brazos lo cogían.

—¡Ha matado a Lucio!

—¡Es un asqueroso traidor!

Y los golpes empezaron a caer sobre él que, aunque no podía ser muerto por aquellas gentes del pasado, perdió el conocimiento.

Al recobrarlo, tardó mucho tiempo en coordinar sus ideas; luego, poco a poco, a medida que los recuerdos le invadieron, vio el fondo del sótano y los cuerpos destrozados de Lucio y sus amigos; vio a Thela a su lado, mirándole fijamente.

Se puso en pie, comprobando que se hallaba en un calabozo húmedo y siniestro.

—Ya es hora de regresar —dijo en voz alta.

Y, al pensar que debía enfrentarse con Erik, buscó afanosamente la pistola, sin hallarla.

Pero no fue aquello lo que le causó el terror que hizo que sus ojos se abriesen desmesuradamente.

¡EL CINTURÓN HABÍA DESAPARECIDO!

Se quedó anonadado, con la mente vacía; tal era el pánico que se había apoderado de él.

Porque la carencia del cinturón, con el aparato especial que llevaba junto a la hebilla, LE IBA A CONDENAR A VIVIR EN AQUELLA ÉPOCA, LEJOS DE TODO LO QUE AMABA Y DESEABA…

¡Irremediablemente condenado a vivir en el pasado!

CAPÍTULO X



rik consultó el reloj. Después, encendiendo un cigarrillo, frunció el entrecejo y se hundió en profundas meditaciones.

—Hans debía de haber regresado ya —musitó entre dientes.

Fue entonces cuando, el aparato que había junto a la máquina del tiempo, emitió un silbido peculiar, anunciando el regreso de Hans.

El rostro de Tussen se iluminó.

Pero, cuando vio que el cuerpo que se materializaba en el sillón estaba inmóvil, con el pecho ensangrentado, lanzó un rugido de furia.

Acercóse a Hans, comprobando que estaba muerto.

«Alguien ha debido de rozar el botón del cinturón, al tocarle, y por eso ha regresado» —se dijo, cada vez con más cólera.

Y dirigiéndose a Loewer, como si éste pudiese oírle:

—¿Puede saberse lo que has hecho, imbécil? ¡Tenías todos los

triunfos en la mano y desperdiciaste la ocasión!

Se alejó de allí, furioso, haciendo trabajar intensamente su cerebro.

La situación estaba clara.

De un momento a otro, si el misterioso viajero del tiempo lograba destruir la potencia de Lucio y el ánfora, todo el resultado del ATENTADO EN EL TIEMPO SE VENDRÍA ABAJO…

—¡Tengo que hacer algo! —exclamó sinceramente asustado.

Se había detenido, justamente, ante su radiogoniómetro, que llevaba funcionando varias horas, sin que obtuviese resultado positivo alguno.

—Si pudiese localizar pronto la otra máquina del tiempo, su destrucción me garantizaría el triunfo, ya que, mientras haya alguien en el pasado, que no pertenezca a la época, ningún cambio puede realizarse.

¡Ah, dejar a aquel maldito entrometido encerrado en las garras de una época pasada, era como matarlo, como reducir a las cenizas de los que, para su fatalidad, se habían vuelto sus contemporáneos!

¡Sí aquel aparato captase las ondas de la cuarta dimensión que la otra máquina del tiempo estaba produciendo!

Se quedó helado.

Sin dar crédito a los ojos, vio que el receptor de ondas se ponía a funcionar rabiosamente.

—¡Es imposible! ¡Imposible! —exclamó, sin poder retener el temblor que sacudía sus manos.

Porque el zumbido de aquella luz rojiza indicaba, sin ningún género de dudas, que ACABABA DE LOCALIZAR LA SITUACIÓN EXACTA de la otra máquina del tiempo.

Lanzó una ruidosa carcajada.

—¡He triunfado! ¡He triunfado!

Se puso a manipular velozmente los mandos y poco después, un «clic» se dejó oír, anunciando que el cerebro electrónico interior había calculado las coordenadas de la situación del aparato en cuestión.

La tarjeta cayó por la ranura.

Erik la cogió con dedos nerviosos, acercándose a la mesa sobre la que la dejó, precipitándose a la estantería, de la que extrajo un voluminoso atlas, que consultó febrilmente.

No tardó en encontrar lo que buscaba.

—¡Es en California! ¡En California! ¡Ya debía de habérmelo imaginado! ¡Tenían que ser los puercos yanquis los que se inmiscuyesen en mis asuntos…! ¡Pero ahora verán!

El teléfono se puso en comunicación directa con el Ministerio del Aire. El ministro en persona estuvo, al cabo de unos instantes, al otro lado del hilo telefónico.

Erik le gritó despiadadamente, sabiendo que podía hacerlo, exigiéndole, imponiéndose con toda la rabia que tenía dentro.

—¡Quiero esa destrucción inmediatamente! ¡Ya conoce la situación exacta!

—De acuerdo, profesor.

—¡Si es necesario…! ¿Me oye? ¿Me oye?

—Le oigo, señor.

—¡Si es necesario, rieguen toda esa zona con bombas nucleares! ¡Toda esa zona! ¡Toda California o toda América… me es igual!

—Sí, señor. Así se hará.

—¡De su misión depende la supervivencia de Alemania! ¡Nuestra propia vida! ¿Comprende? ¿Me oye?

—Sí, profesor. Pierda cuidado. Se hará como usted ordena.

Erik colgó el teléfono bruscamente, lanzando un suspiro.

—¡Ahora ya puedo respirar tranquilo!

Pero, justamente en aquel momento, cuando se dejaba caer en un sillón, junto a la puerta del laboratorio, un zumbido, que conocía demasiado bien, le puso en pie de un salto.

—¿Eh? ¿Qué es esto?

¡No podía ser! ¡Era absolutamente imposible!

Porque aquel zumbido demostraba palpablemente QUE ALGUIEN ESTABA LLEGANDO A LA MAQUINA DEL TIEMPO, ALGUIEN QUE VIAJABA POR LA CUARTA DIMENSIÓN.

* * *

La gravedad de su situación se le apareció como una descomunal burla del destino. Que aquellos romanos, al apalearle, le hubiesen quitado el cinturón…

Recorrió, en todos los sentidos, la lóbrega celda que ocupaba, dejándose llevar por la desesperación.

¡Qué estúpido había sido!

Sí, dejándose de sentimentalismos, hubiese hecho caso omiso de la esclava que azotaban en la ergástula, no hubiese perdido; los preciosos segundos que siguieron a la explosión de la granada y, por otra parte, hubiera visto acercarse a los pretorianos dándole tiempo a esfumarse hacia su época.

¿Podía encontrarse otro tan idiota como él?

Durante los días que permaneció allí, sin ver a nadie, ya que le bajaban la comida en una cazoleta por un orificio situado en el techo, fue calmándose poco a poco.

Después de todo, nada podía hacer por echar atrás los acontecimientos desdichados que le habían llevado allí. Y si su destino era morir en aquella cárcel romana, MAS DE UN MILENIO ANTES DE QUE NACIESE…, era simplemente una de las bromas de la máquina del tiempo.

Hasta, en cierto modo, lo encontró divertido.

«¡Morir antes de nacer! —se dijo—. ¡Cuántos poetas hubieran querido hallar semejante tema de inspiración!».

Cuando la puerta se abrió, momentos más tarde, dando paso a dos soldados romanos, la realidad penetró con ellos y Durk dejó de soñar.

—¿Qué me queréis? —inquirió sin miedo alguno.

—Tu hora ha llegado —dijo uno de ellos.

—Ven —ordenó el otro.

Atravesaron pasadizos y corredores, de los que se despedía un olor infecto. Finalmente, Durk oyó un rugido fenomenal, grandioso, cuyo origen no tardó en comprender.

En efecto, la luz del día hirió sus ojos y sintió que le empujaban hacia el sol, oyendo después una pesada verja que se cerraba a su espalda.

Abrió los ojos.

Lo que vio lo dejó anonadado. De todas formas, comprendió perfectamente el lugar al que le habían llevado, ya que era tan tristemente célebre como la época a la que perteneció.

¡El Coliseo romano!

Las graderías estaban repletas de un gentío que vociferaba horriblemente y el estruendo era verdaderamente ensordecedor.

La arena estaba desierta, pero las manchas rojizas que se veían

en ella demostraban que hacía muy poco que hombres, o mujeres, libres o esclavos, habían caído para siempre en las garras de las fieras feroces.

A pesar de haber oído al profesor que los seres del pasado no podían darle muerte, un escalofrío de horror recorrió la espalda de William.

Las trompetas sonaron y el silencio se hizo.

Luego, una de las puertas de hierro se abrió y cuando Durk esperaba ver salir a una fiera, o a muchas, destinadas a divertir al salvaje público, se dibujó en el oscuro umbral la graciosa figura de una joven.

El corazón de William latió velozmente. Y, al reconocer a aquella muchacha, corrió hacia ella, gritando desesperadamente:

—¡Thela!

Ella, al verle llegar, se arrodilló humildemente a sus pies y él la levantó, estrechándola contra su pecho.

—¿Por qué te han traído aquí?

Ella le miraba, con los ojos arrasados de lágrimas.

—¿Cómo querías que dejase morir solo a mi señor?

Durk sintió un agudo dolor en el pecho. Apenas podía comprender aquella época que, dentro de los horrores inhumanos que contenía, ofrecía bellezas de renunciamiento tan grandes como la que la bella esclava le daba, como la mejor de las ofrendas.

—¡No! ¡Puedes irte, Thela! ¡Tú no eres culpable!

Pero, al verla llorar más desconsoladamente aún, se percató de que, al rechazar su ofrenda, la estaba lastimando profundamente.

—Está bien, testaruda. Quédate si lo deseas.

Ella le sonrió.

—Te he traído tus cosas, señor. Pude rescatarlas de los soldados.

—¿A qué te refieres?

—A esto.

Y, ante los maravillados ojos de Durk, ella sacó… ¡SU LUGER! Y —los ojos del muchacho se abrieron como platos—. ¡¡SU CINTURÓN!!

—¿Cómo… lo has logrado?

—Se lo compré a los soldados.

El, sin poderse contener, la abrazó emocionado.

—Espera —dijo, presa de una idea repentina.

Corrió hacia el anfiteatro donde presidía el jefe de los juegos y

alzando la voz:

—¡Quiero que retiren a esa esclava del circo!

—¿Cómo osas pedir nada?

—¡Porque deseo luchar, solo, contra todos los animales que queráis soltarme!

El público, al oírle, prorrumpió en gritos, obligando al jefe de juegos a acceder.

—Está bien. ¿Con qué arma quieres luchar?

Durk esgrimió la Luger.

—¡Con ésta!

Hubo risas y sabrosos comentarios, pero Thela fue retirada de la arena, sin que sus lágrimas importasen a William, que deseaba que viviese.

Luego, los fosos lanzaron tres leones a un tiempo.

Revisando el cargador, que había colocado en la casa del profesor, se alegró al ver que contenía las siete balas.

Y se lanzó alegremente a la lucha.

Cuando los tres leones yacían en el suelo, el gentío vitoreó; pero el jefe de juegos creyéndose burlado, ordenó que saliesen tres tigres, con los que acabó también William.

«He de guardar una bala» —se dijo.

Así, cuando nuevos animales salieron a la arena, corrió hacia el anfiteatro y después de carcajearse ante el jefe, llamándole imbécil y haciendo reír al público, oprimió con toda su fuerza, el botón de su cinturón.

Un zumbido, delicioso, de oídos…

* * *

Al materializarse, con la pistola empuñada aún, miró fijamente al hombre que le contemplaba con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Eres Erik?, ¿verdad? —inquirió.

El otro tardó en contestar. Su palidez se había acentuado, desde que William se materializó en el sillón, no lejos de donde yacía el cadáver de Hans.

—¿Quién… eres tú?

—Tu destino, malvado. Tu destino que también fue el de ése,

que ahora yace ahí muerto.

La rabia llenó de espuma la boca de Erik.

—¡No lograrás nada! —dijo—. ¡No lograrás nada!

—¡Al menos —replicó sordamente el joven—, tu muerte!

—¿Y qué ganarás con eso? Hace unos instantes, las escuadrillas más potentes del mundo han salido rumbo a California, donde destrozarán la máquina del tiempo que realizó tu cómplice… ¡No quedará piedra sobre piedra; te lo aseguro!

William no pudo evitar un estremecimiento.

¿Habrían sido tan locos, el profesor y Betty de no destruir aquella maldita máquina?

—¿Se te ha escapado la victoria, eh, jovencito?

—¡Nada me importa ya! ¡Quede el mundo como quede, cambie o no el curso de la Historia, lo que importa, para los hombres que desean vivir tranquilos, es que los hombres como tú desaparezcan para siempre!

—¡De nada te servirá! —aulló el otro, que apenas podía contener el miedo.

Se estaba acercando, lentamente, a la máquina del tiempo, con el propósito de apretar el botón que lanzaría a William a la cuarta dimensión, irremisiblemente.

Pero Durk se dio cuenta a tiempo.

—¡Atrás, maldito! ¿Qué querías hacer, monstruo?

Y disparó, sin poderse contener, la única bala que contenía su pistola, pero que tuvo la eficiencia de una descarga, ya que penetró en el cráneo de Erik, haciéndolo saltar en pedazos.

Luego, repentinamente y sin saber qué podía ocurrirle, se vio arrastrado por una espantosa vorágine.

Y esta vez, desgraciadamente, no sintió silbido alguno en los oídos.

Epílogo

¿De dónde iba emergiendo?

Le pareció surgir, lenta, muy lentamente, de una profundidad abismal, de algo inconcebiblemente hondo, como si brotase del centro de la Tierra. Era una sensación agradable por momentos, pero el resto del tiempo le procuraba una angustia que le oprimía fuertemente el pecho.

Y lo peor de todo, lo más horrible, era que todo lo pasado estaba vivo en su mente y que los recuerdos desfilaban caprichosamente en su espíritu con una nitidez que les daba categoría de hechos reales…

A pesar de todo, se daba perfecta cuenta de que iba saliendo hacia fuera y, aun estando profundamente inconsciente, tenía la seguridad de que iba a despertar de un momento a otro.

Y aquello era, precisamente, lo que le angustiaba más, ya que no podía olvidar que el último episodio se había desarrollado sobre el sillón de la máquina del tiempo del siniestro profesor Tussen, en un Berlín que dominaba el mundo.

Cuando, de una manera automática, sus ojos se abrieron, volvió a cerrarlos inmediatamente, prefiriendo prepararse antes de enfrentarse con la tremenda realidad que, seguramente, le esperaba.

—Ha abierto los ojos —oyó decir.

La voz le pareció de mujer.

—Déjeme a mí, señorita.

También aquella voz le sonó agradablemente, porque le era conocida; pero, por el momento, no pudo catalogarla en sus recuerdos.

—¡William!

Se decidió —¿qué podía hacer?— y abrió definitivamente los

ojos.

«¡Tanto peor!», se dijo.

El rostro que apareció, no lejos del suyo, puesto que el hombre estaba inclinado, le causó una sensación de alegría incontenible. Y, olvidándolo todo, se incorporó en el lecho:

—¡Harry!

Emerlan le sonrió.

—¿Cómo te encuentras, William?

—¿Yo? ¡Estupendamente!

Luego, mirando a la habitación y bajando la voz, preguntó:

—¿Dónde me encuentro, Harry?

El otro frunció el entrecejo.

—¿Dónde quieres estar? ¡En el hospital! En Los Ángeles. Tuviste un accidente en el automóvil…

—¿Hace cuánto?

—Ocho días.

Algo debió recordar, el joven, porque miró inquisitivamente a su amigo.

—¡Retírate del lecho y levántate la bata, Harry!

El otro, con la frente plisada por hondas arrugas, le obedeció.

—¿Qué te ocurre, Durk? ¿Te encuentras mal?

Pero William lanzó una alegre carcajada.

—¡Gracias a Dios! ¡No llevas botas altas!

Y saltando del lecho, en pijama, corrió por el pasillo, seguido por el doctor Emerlan y por la enfermera. No se detuvo hasta haber abierto, de par en par, el ventanal de su querido antequirófano, asomándose después.

—¡No hay ninguna cruz gamada en la bandera!

Las fuertes manos de su amigo lo cogieron sólidamente y Durk, comprendiéndole, rió de la mejor gana del mundo.

—¡No me voy a tirar por el balcón, Harry, ni tampoco me he vuelto loco! Por el contrario, ¡tengo unas tremendas ganas de vivir! ¿Ha venido mi hermana a verme?

—Estuvo aquí cada día.

—¿Con su esposo?

—Sí.

—Es el mismo de siempre, ¿verdad? ¿Seguro que no es un borrachín?

—Pero ¿qué diablos te ocurre, William?

—Nada. He tenido la más horrenda pesadilla que puedas imaginarte. Por fortuna, todo lo he encontrado como Dios manda. La bandera, la querida y amada bandera, en su sitio, sin nada que la manche, tú sin botas, yo sin uniforme y mi hermana casada con el de siempre…

—Voy a tener que obligarte a volver al lecho, Durk.

—¡No te preocupes, amigo mío! Estoy perfectamente bien; pero, tú mejor que nadie, debes conocer la fuerza de ciertas pesadillas que, insidiosamente, toman tal carta de naturaleza, que hemos de comprobar que es la realidad la que impera y no ellas… ¡No sabes qué alegría al ver que todo ha sido un sueño!

—¿Te encuentras ya bien?

—¡Como un sol!

Pero, al mirarse la mano izquierda, palideció intensamente.

—¡No ha sido un sueño, Harry! ¡No ha sido un sueño!

—¿Qué quieres decir?

—¡Había olvidado a Betty! ¡Y este anillo, que no vas a decir que conoces, demuestra que no ha habido pesadilla y que lo de la cuarta dimensión, lo de la máquina del tiempo, lo de Donatello, lo de Roma, ha sido todo verdad!

—Ven a la cama, Durk; te lo ruego. Debes de tener alterados los nervios.

—No, amigo mío. Francamente, ¿para qué no decírtelo?, me encuentro en medio de un lío formidable; pero, por fortuna, tengo todos mis cinco sentidos y hay una prueba que va a serenarme definitivamente. No, no me mires así… ¿Quieres hacer el favor de pedir a la centralita que busque el nombre del profesor Elmer Snak, o pida información a Nueva York?

Harry consiguió llevar a su amigo a la habitación y pidió, desde allí, los datos que Durk había solicitado.

Hubo un largo silencio.

Durk se mordía nerviosamente las uñas, no dejando de mirar al anillo. Por su parte, Harry miraba a su amigo, con el entrecejo fruncido, seguro de que aquel valioso cirujano había perdido la razón.

El teléfono les hizo saltar a ambos; pero fue Emerlan quien cogió el aparato.

—¿*Hello?*

—Le pongo con el profesor Snak, señor.

Durk agarró, por la fuerza, el aparato, arrancándolo de las manos de su amigo.

—¿Diga?

—Aquí, Elemer Snak.

El corazón de William se puso a latir con fuerza.

—Perdone, doctor. Le llamo desde Los Ángeles. Soy William Durk…

Hubo una corta pausa; después:

—¡Durk! ¡Hijo mío! ¡Lo que nos has hecho sufrir! ¿Te encuentras bien?

—¡Perfectamente! ¿Y Betty?

—Se pone enseguida… ¡Betty! ¡Betty!

Los latidos del corazón de Durk amenazaban estallarle el pecho.

—¿William?

—¡Soy yo, amor mío! ¿De verdad que no me has olvidado?

—¡Qué tonto eres!

—¡Soy todo lo tonto que quieras! ¡Hoy mismo cogeré el avión y nos casaremos! ¿Qué te parece, Betty?

—Un sueño.

—Adiós, querida.

Se oyó el chasquido de un beso, seguido por el del aparato al ser cortado.

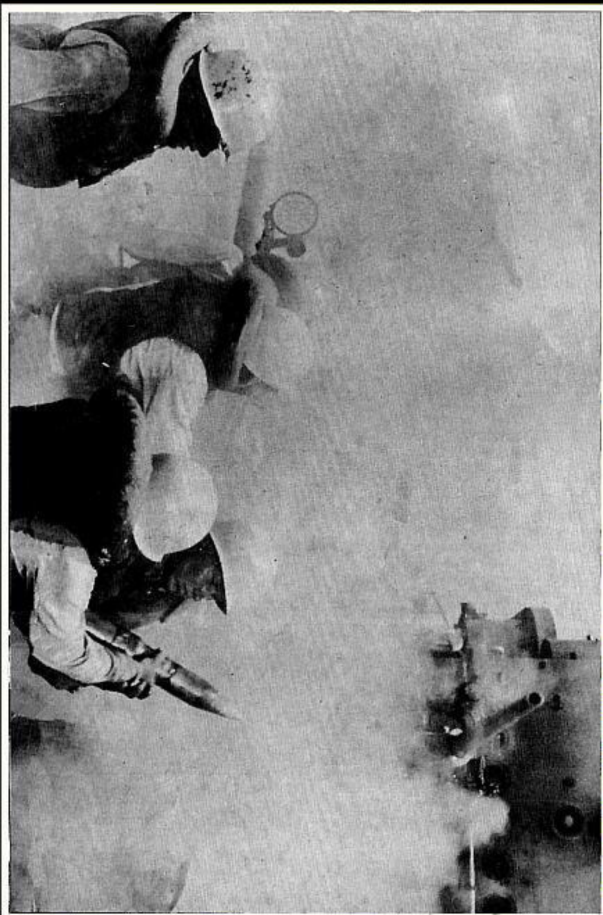
—¡Qué feliz soy! —suspiró Durk.

Pero su amigo seguía mirándole, con una sonrisa en los labios.

—Me alegra que no estés loco, William; pero soy yo, ahora, el que temo perder la razón. Veamos. ¿Fue una pesadilla o una realidad?

—¡Fue un sueño, Harry; el más delicioso de los sueños! Y, al despertar, como en las lindas historias, me espera la más hermosa de las mujeres… —Frunció el entrecejo—, a excepción de cierta veneciana y una esclava romana, de las que prometo no acordarme más…

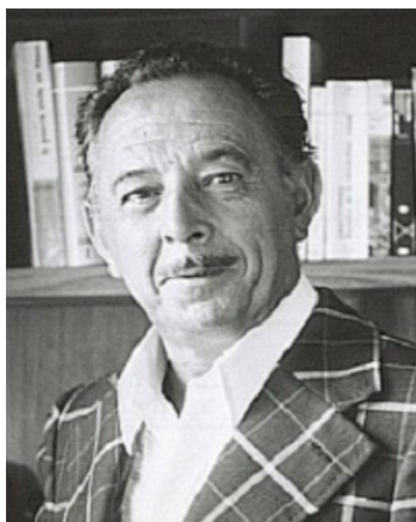

FIN





Escena de «Duelo en el Atlántico», película Cinemascope, 20th. Century Fox

Precio en España: **6.- ptas.** En Argentina: **4** pesos



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.

Notas

[1] Féerique: adorable, admirable. < <